



DESARROLLO

Gustavo Esteva

Para decir 'sí', para afirmar y aceptar, los brasileños dicen 'no' - *pois não*. Nadie se confunde. Al enraizar su lenguaje en su propia cultura y jugar con las palabras para que hablen en sus contextos, los brasileños enriquecen su conversación.

Al decir 'desarrollo', sin embargo, la mayor parte de la gente dice actualmente lo contrario de lo que quiere expresar. Todo mundo se confunde. Por usar sin sentido crítico esta palabra sobrecargada, ya condenada a la extinción, se está transformando su agonía en una condición crónica. Han empezado a emanar todo género de pestes del cadáver insepulto del desarrollo. Ha llegado el tiempo de revelar su secreto y verlo en toda su desnudez.

La invención del subdesarrollo

A finales de la segunda guerra mundial, Estados Unidos era una máquina productiva formidable e incesante, sin precedente en la historia. Constituía sin disputa el centro del mundo. Eran el amo. Todas las instituciones creadas en esos años reconocieron ese hecho: hasta en la Carta de las Naciones Unidas se escuchó el eco de la Constitución norteamericana.

Pero los norteamericanos querían algo más. Necesitaban hacer enteramente explícita su nueva posición en el mundo. Y querían consolidar su hegemonía y hacerla permanente. Para esos fines, concibieron una campaña política a escala global que portara claramente su sello. Concibieron incluso un emblema apropiado para identificar la campaña. Y eligieron cuidadosamente la oportunidad de lanzar uno y otra -el 20 de enero de 1949. Ese día, el día en que el presidente Truman tomó posesión, se abrió una era para el mundo -la era del desarrollo.

Debemos emprender (dijo Truman) un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial sirvan para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas.

El viejo imperialismo - la explotación para beneficio extranjero - no tiene ya cabida en nuestros planes. Lo que pensamos es un programa de desarrollo basado en los conceptos de un trato justo democrático.¹

Al usar por primera vez en este contexto la palabra ‘subdesarrollo’, Truman cambió el significado de desarrollo y creó el emblema, un eufemismo, empleado desde entonces para aludir de manera discreta o descuidada a la era de la hegemonía norteamericana.

Nunca antes una palabra había sido universalmente aceptada el mismo día de su acuñación política. Una nueva percepción, de uno mismo y del otro, quedó establecida de pronto. Doscientos años de construcción social del significado histórico-político del término ‘desarrollo’ fueron objeto de usurpación exitosa y metamorfosis grotesca. Una propuesta política y filosófica de Marx, empacada al estilo norteamericano como lucha contra el comunismo y al servicio del designio hegemónico de Estados Unidos, logró permear la mentalidad popular, lo mismo que la letrada, por el resto del siglo.

El subdesarrollo comenzó, por tanto, el 20 de enero de 1949. Ese día, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros: un espejo que los desprecia y los envía al final de la cola, un espejo que reduce la definición de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante.

Truman no fue el primero en emplear la palabra. Wilfred Benson, quien fuera miembro del Secretariado de la Oficina Internacional del Trabajo, fue probablemente la persona que la inventó, cuando se refirió a las ‘áreas subdesarrolladas’ al escribir sobre las bases económicas de la paz en 1942.² Pero la expresión no tuvo mayor eco, ni en el público ni en los expertos. Dos años más tarde, Rosenstein-Rodan siguió hablando de ‘áreas económicamente atrasadas’. Arthur Lewis, también en 1944, se refirió a la brecha entre las naciones ricas y las pobres. A lo largo de la década, la expresión apareció ocasionalmente en libros técnicos o en documentos de Naciones Unidas. Sólo adquirió relevancia cuando Truman la presentó como emblema de su propia política. En este contexto, adquirió una virulencia colonizadora insospechada.

Desde entonces, el desarrollo connota por lo menos una cosa: escapar de una condición indigna llamada subdesarrollo. Cuando Nyerere propuso que el desarrollo fuera la movilización política de un pueblo para alcanzar sus propios objetivos, consciente como estaba de la locura de seguir las metas que otros habían establecido; cuando Rodolfo Stavenhagen propone actualmente el etnodesarrollo o el desarrollo con autoconfianza, consciente de que debe ‘mirarse hacia adentro’ y ‘buscar en la propia cultura’, en vez de seguir adoptando puntos de vista prestados y ajenos; cuando Jimoh Omo-Fadaka

plantea el desarrollo de abajo hacia arriba, consciente de que ninguna de las estrategias basadas en el diseño de arriba hacia abajo ha logrado alcanzar sus objetivos explícitos; cuando Orlando Fals Borda y Anisur Rahman insisten en el desarrollo participativo, conscientes de las exclusiones practicadas en nombre del desarrollo; cuando Jun Nishikawa propone 'otro' desarrollo para Japón, consciente de que la era actual está terminando; cuando ellos y muchos otros califican el desarrollo y emplean la palabra con advertencias y restricciones, como si se estuvieran refiriendo a un campo minado, no parecen estar al tanto de la contraproduktividad de sus empeños. El campo minado explotó ya.

Para que alguien pueda concebir la posibilidad de escapar de una condición determinada, es primero necesario que sienta que ha caído en esa condición. Para quienes forman actualmente las dos terceras partes de la población del mundo, pensar en el desarrollo -en cualquier clase de desarrollo - requiere primero percibirse como subdesarrollados, con toda la carga de connotaciones que esto conlleva.

En la actualidad, para dos terceras partes de la gente en el mundo, el subdesarrollo es una amenaza cumplida; una experiencia de vida subordinada y llevada por el mal camino, de discriminación y subyugación. Dada esta condición previa, el simple hecho de asociar con el desarrollo las intenciones propias las anula, las contradice, las esclaviza. Impide pensar en objetivos propios, como quería Nyerere; socava la confianza en uno mismo y en la cultura propia, como exige Stavenhagen; solicita la administración de arriba hacia abajo, contra la que se rebeló Jimoh; convierte la participación en un truco manipulatorio para involucrar a la gente en la lucha para obtener lo que los poderosos quieren imponerle, que era precisamente lo que Fals Borda y Rahman trataban de evitar.

Una metáfora y su retorcida historia

El desarrollo ocupa la posición central de una constelación semántica increíblemente poderosa. Nada hay en la mentalidad moderna que pueda compararsele como fuerza conductora del pensamiento y del comportamiento. Al mismo tiempo, muy pocas palabras son tan tenues, frágiles e incapaces de dar sustancia y significado al pensamiento y la acción como ésta.

En el lenguaje ordinario, el desarrollo describe un proceso a través del cual **se liberan** las potencialidades de un objeto u organismo, hasta que alcanza su **forma natural**, completa, hecha y derecha. De aquí se deriva el uso metafórico del término para explicar el crecimiento natural de plantas y animales. Por medio de esta metáfora, se hizo posible mostrar la meta del desarrollo y, **mucho** después, su programa. El desarrollo o evolución de los seres vivos, en **biología**,

se refirió al proceso a través del cual los organismos logran realizar su potencialidad genética: la forma natural del ser pre- vista por el biólogo. El desarrollo se frustra siempre que la planta o el animal no logran cumplir su programa genético, o lo sustituyen por otro. En tales casos de fracaso, su crecimiento no es desarrollo, sino más bien una anomalía: comportamiento patológico, e incluso antinatural. El estudio de estos 'monstruos' adquirió importancia crítica para la formulación de las primeras teorías biológicas.

Entre 1759 (Wolff) y 1859 (Darwin), el desarrollo evolucionó de una noción de transformación que supone un avance hacia la forma *apropiada* de ser a una concepción de cambio que implica encaminarse hacia una forma *cada vez más perfecta*. Durante este periodo, evolución y desarrollo llegaron a emplearse como términos intercambiables entre los científicos.

La transferencia de la metáfora biológica a la esfera social ocurrió en la última parte del siglo XVIII. Justus Moser, un conservador que fundó la historia social, empleó desde 1768 la palabra *Entwicklung* para aludir al proceso gradual de cambio social. Cuando se refirió a la transformación de algunas situaciones políticas, la describió casi como si fueran procesos naturales. En 1774, Herder comenzó a publicar su interpretación de la historia universal, en la que presentó correlaciones globales comparando edades de la vida con la historia social. Sin embargo, fue más lejos en esta comparación, aplicando a sus elaboraciones la noción organológica de desarrollo, acuñada en las discusiones científicas de su tiempo. Con frecuencia empleó la imagen del germen para escribir el desarrollo de las formas organizativas. A finales del siglo, con base en la escala biológica de Bonnet, trató de combinar la teoría de la naturaleza con la filosofía de la historia, en un intento de crear una unidad sistemática y congruente. Según él, el desarrollo histórico era la continuación del desarrollo natural, y ambos no eran sino variantes del desarrollo homogéneo del cosmos, creado por Dios.

Hacia 1800, *Entwicklung* comenzó a aparecer como verbo reflexivo. El autodesarrollo se puso de moda. Dios, entonces, comenzó a desaparecer de la concepción popular del universo. Unas décadas más tarde, se abrieron todas las posibilidades al sujeto humano, autor de su propio desarrollo, emancipado del designio divino. El desarrollo se convirtió en la categoría central del trabajo de Marx: lo mostró como un proceso histórico que se desenvuelve con el mismo carácter necesario de las leyes naturales. Tanto el concepto hegeliano de historia como el concepto darwinista de evolución se entrelazaron en el desarrollo, reforzados con el aura científica de Marx.

Cuando la metáfora regresó al terreno vernáculo, adquirió un virulento poder colonizador, pronto aprovechado por los políticos. Convirtió la historia en programa: un destino necesario e inevitable. El modo industrial de producción, que no era sino una forma, entre muchas, de la vida social, se convirtió en la definición del estadio terminal del camino unilineal de la evolución social. Este estadio llegó a ser la culminación natural de las potencialidades ya existentes en el hombre neolítico, como su evolución lógica. La historia fue así reformulada en términos occidentales.

La metáfora del desarrollo dio hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, privando a los pueblos de culturas diferentes de la oportunidad de definir las formas de su vida social. La secuencia vernácula (desarrollar es posible después de enrollar) se invirtió con la transferencia. Las leyes científicas tomaron el lugar de Dios en la función de enrollar, definiendo el programa. Marx rescató una iniciativa factible, basada en el conocimiento de estas leyes. Truman se apoderó de esta percepción, pero transfirió el papel de primer motor - la condición de *primum movens* - de los comunistas y el proletariado a los expertos y el capital (siguiendo así, irónicamente, los precedentes establecidos por Lenin y Stalin).

Los escombros de metáforas empleadas a lo largo del siglo XVIII comenzaron a formar parte del lenguaje ordinario en el XIX, cuando la palabra 'desarrollo' concentró una variedad de connotaciones. Esta sobrecarga de sentidos terminó por disolver su significado preciso.

La *Enciclopedia de todos los sistemas de enseñanza y educación* fue publicada en Alemania en 1860. Su entrada 'desarrollo' indicaba que 'este concepto se aplica a casi todo lo que el hombre hace y conoce.' La palabra, dijo Eucken en 1878, 'se ha vuelto casi inútil para la ciencia, salvo en ciertos campos.'

Entre 1875 y 1900 se publicaron, en inglés, libros cuyos títulos aludían al *desarrollo* de la constitución ateniense, la novela inglesa, el sistema de transporte en Estados Unidos, el matrimonio, la función paternal y demás. Algunos autores preferían 'evolución' en el título de sus libros, que estudiaban el termómetro o la idea de Dios. Otros preferían 'crecimiento' en el título. Pero todos ellos empleaban 'desarrollo' en el texto, como su principal término operativo.³

A principios del siglo XX, se generalizó un nuevo uso del término. 'Desarrollo urbano' definió, desde entonces, una forma específica de reformular el entorno de las ciudades, con base en el *bulldozery* y la producción industrial masiva, homogénea, de espacios urbanos e instalaciones especializadas. Este uso específico, empero, anticipación del trumanismo, no logró establecer la imagen generalizada que actualmente se asocia con la palabra.

En la tercera década de este siglo, la asociación entre desarrollo y colonialismo, establecida cien años antes, adquirió un significado diferente. Cuando el gobierno británico transformó su Ley del Desarrollo de las Colonias en la Ley de Desarrollo y *Bienestar* de las Colonias en 1939, reflejó la profunda mutación económica y política que se había producido en menos de una década. Para dar a la filosofía del protectorado colonial un sentido positivo, los británicos adujeron la necesidad de garantizar a los nativos niveles mínimos de nutrición, salud y educación.⁴ Tras identificar el nivel de civilización con el nivel de producción, el mandato dual se fusionó en uno solo: desarrollo.⁵

A lo largo del siglo, los sentidos asociados con el desarrollo urbano y el colonial convergieron con muchos otros para transformar la palabra 'desarrollo', paso a paso, en un término cuyos contornos resultan tan precisos como los de una ameba. Es ahora un simple algoritmo, cuyo significado depende del contexto en que se emplea. Puede aludir a un proyecto de vivienda, a la secuencia lógica del pensamiento, al despertar de la mente de un niño, a la parte media de una partida de ajedrez o a la explosión de los pechos de una quinceañera. Sin embargo, aunque carece, por sí mismo, de toda denotación precisa, se encuentra firmemente asentado en la percepción popular e intelectual. Y siempre aparece como la evocación de una red de significados en que la persona que lo emplea está irremediabilmente atrapada.

Desarrollo no puede desligarse de las palabras con las cuales se le formó - crecimiento, evolución, maduración. Del mismo modo, quienes la emplean actualmente no pueden liberarse de la red de sentidos que da una ceguera específica a su lenguaje, su pensamiento y su acción. No importa el contexto en que se emplee, o la connotación precisa que la persona que lo usa quiera darle, la expresión se encuentra calificada y coloreada por significados acaso indeseables. La palabra implica siempre un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, de lo peor a lo mejor. La palabra indica que uno lo está haciendo bien, porque avanza en el sentido de una ley necesaria, ineluctable y universal y hacia una meta deseable. La palabra retiene hasta ahora el significado que le dio hace un siglo el creador de

la ecología, Haeckel: ‘Desarrollo es, a partir de ahora, la palabra mágica con la que podemos resolver todos los misterios que nos rodean o que, por lo menos, nos puede guiar a su solución.’

Para dos terceras partes de la gente en el mundo, sin embargo, este significado positivo de la palabra ‘desarrollo’ -profundamente enraizado tras dos siglos de construcción social - es un recordatorio de *lo que no son*. Les recuerda una condición indeseable e indigna. Para escapar de ella, necesitan hacerse esclavos de las experiencias y sueños de otros.

Colonizando el anticolonialismo

En la concepción grandiosa del discurso de Truman, no hay lugar para la precisión técnica o teórica. El emblema define un programa consciente de la llegada de Mao, que ve la evolución como antídoto de la revolución (en la tradición de Herder), aunque adopta simultáneamente el ímpetu revolucionario de que Marx dotó a la palabra. La concepción de Truman emplea a veces ‘desarrollo’ en el sentido transitivo de los administradores coloniales británicos, a fin de establecer claramente la jerarquía de las iniciativas que promueve. Pero a veces pasa también con dificultad al empleo intransitivo el término, en la más refinada tradición hegeliana.

Como se dio por sentado que el subdesarrollo mismo ‘estaba ahí,’ que era algo real, comenzaron a aparecer ‘explicaciones’ del fenómeno. Empezó de inmediato una intensa búsqueda de sus causas materiales e históricas. Algunos, como Hirschman, no dieron importancia al periodo de gestación. Otros, por lo contrario, convirtieron este aspecto en el elemento central de sus elaboraciones, y describieron con penoso detalle la explotación colonial en todas sus variantes y la acumulación originaria de capital. Comenzó también a prestarse atención pragmática a los factores internos o externos que parecían ser causa actual de subdesarrollo: relación de precios del intercambio, intercambio desigual, dependencia, proteccionismo, imperfecciones del mercado, corrupción, falta de democracia o de espíritu empresarial...

En América Latina, el Cuerpo de Paz, el Programa del Punto Cuarto, la Guerra contra la Pobreza, y la Alianza para el Progreso contribuyeron a enraizar la noción de subdesarrollo en la percepción popular, y a profundizar la invalidez creada con ella. Ninguna de esas campañas fue comparable en su efecto al que lograron, en el mismo sentido, los teóricos latinoamericanos de la dependencia y otros intelectuales de izquierda, dedicados a criticar todas y cada una de las estrategias de desarrollo que los norteamericanos pusieron sucesivamente de moda.

Para ellos, como para muchos otros, Truman simplemente había empleado una nueva palabra para designar algo que ya estaba ahí: el atraso o la pobreza. De acuerdo con ellos, los países ‘atrasados’ o ‘pobres’ estaban en esa condición por los saqueos previos del proceso de colonización y la violación continua a que los sujetaba la explotación capitalista a escala nacional e internacional: el subdesarrollo era la creación del desarrollo. Al adoptar de modo acrítico el punto de vista al que creían oponerse, su eficiente crítica de la ambigüedad e hipocresía de los promotores occidentales del desarrollo dió carácter virulento a la fuerza colonizadora de la metáfora. (¿Cómo ignorar, dijo alguna vez Marx, ‘el hecho indudable de que India está atada al yugo inglés por un ejército hindú sustentado por la India?’).

La discusión misma del origen o las causas actuales del subdesarrollo ilustra la medida en que se admite como algo real, concreto, cuantificable e identificable: un fenómeno cuyo origen y modalidades pueden ser objeto de investigación. La palabra define una percepción. Y ésta se convierte, a su vez, en un objeto, un hecho. Nadie parece poner en duda que el concepto aluda a fenómenos reales. Nadie se da cuenta que es un adjetivo comparativo cuya base de sustentación es el supuesto, muy occidental pero inaceptable e indemostrable, de la unidad, homogeneidad y evolución lineal del mundo. Despliega una falsificación de la realidad, producida mediante el desmembramiento de la totalidad de procesos interconectados que constituyen la realidad del mundo, y la sustituyen con uno de sus fragmentos, aislado del resto, como punto general de referencia.⁶

Inflación conceptual

El desarrollo, que sufrió la más dramática y grotesca metamorfosis de su historia en manos de Truman, se empobreció aún más en las manos de sus primeros promotores, que lo redujeron a *crecimiento económico*. Para ellos, el desarrollo consistía simplemente en el crecimiento del ingreso por persona en las áreas económicamente subdesarrolladas. Esta fue la meta propuesta por Lewis en 1944 e insinuada por la Carta de Naciones Unidas en 1947.

El dictum de Lewis, en 1945, ‘Debe observarse ante todo que nuestro tema es el crecimiento, y no la distribución’,⁷ refleja el acento convencional en el crecimiento económico que permeó todo el campo del pensamiento sobre desarrollo. Paul Baran, de lejos el más influyente economista del desarrollo entre los izquierdistas, escribió en 1957 sobre la economía política del *crecimiento* y definió crecimiento o desarrollo como el incremento en la producción per cápita de bienes materiales.⁸ Walter Rostow, que tuvo un impacto impresionante en el pensamiento institucional y en el público, presentó su ‘manifiesto no comunista’ en 1960, como una descripción de las etapas del crecimiento económico, bajo el

supuesto de que esta sola variable puede caracterizar a toda la sociedad.⁹ Desde luego, ambos abordaban mucho más que un crecimiento económico miope, pero su acento reflejó el espíritu de los tiempos...y el meollo de la cuestión.¹⁰

Tal orientación no constituía una subestimación de las consecuencias sociales del crecimiento económico rápido ni el desprecio por las realidades sociales. El primer *Informe sobre la Situación Social Mundial*, publicado en 1952, despertó inusitado interés tanto dentro como fuera de las instituciones de Naciones Unidas. El Informe se concentró en la descripción de las 'condiciones sociales existentes' y sólo de modo incidental abordó los programas para mejorarlas. Pero quienes proponían esos programas hallaron en él inspiración y apoyo para su preocupación por medidas inmediatas de alivio a la pobreza. Como muchos otros, estaban tratando de desarrollar en los países 'subdesarrollados' los servicios sociales básicos y las 'profesiones de atención' que encontraban en los países avanzados. Estas preocupaciones pragmáticas, así como las tempranas intuiciones teóricas que iban más allá de la visión dogmática de quienes sólo se ocupan de indicadores económicos, estaban, sin embargo, eclipsadas por la obsesión general con la industrialización generalizada y el crecimiento del PNB que dominaba en la década de 1950. Prevalecía el optimismo; de acuerdo con indicadores estadísticos e informes oficiales, tanto la situación social como los programas sociales de estos países estaban mejorando continuamente. Tal progreso, de acuerdo con la sabiduría convencional, no era sino la consecuencia natural del crecimiento rápido del PNB.

La controversia endémica entre los dedicados a la medición de variables económicas y los especialistas en servicios sociales no se eliminó con tal evolución. Los *Informes* sobre la situación social, periódicamente elaborados por Naciones Unidas, lo documentaron tangencialmente. La expresión 'desarrollo social', lentamente introducida en los *Informes*, apareció sin definición, como una vaga contraparte del 'desarrollo económico', y como un sustituto de la noción estática de 'situación social.' Se percibió lo 'social' y lo 'económico' como realidades distintas. La idea de cierto 'equilibrio' entre estos 'aspectos' se convirtió primero en un desideratum y más tarde en el objeto de un examen sistemático. El Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (Ecosoc) recomendó en 1962 la integración de ambos aspectos en el desarrollo. Ese mismo año, las *Propuestas de Acción* de la Primera Década del Desarrollo de Naciones Unidas (1960-1970) establecieron que:

El problema de los países subdesarrollados no es mero crecimiento, sino desarrollo... El desarrollo es crecimiento más cambio [añadieron]. El cambio, a su vez, es social y cultural tanto como

económico, y cualitativo tanto como cuantitativo... El concepto clave debe ser mejorar la calidad de vida de la gente.¹¹

La creación del Instituto de Investigaciones de Naciones Unidas para el Desarrollo Social (Unrisd), en 1963, fue por sí misma una ilustración de las preocupaciones del periodo. Otra resolución del Ecosoc, en 1966, reconoció la interdependencia de los factores económicos y sociales y la necesidad de armonizar la planeación económica con la social.

A pesar de este cambio gradual, a lo largo de la Primera Década del Desarrollo de Naciones Unidas el desarrollo siguió siendo percibido como un camino definible de crecimiento económico, que pasaba por varias etapas, y la 'integración' fue la palabra clave que vinculaba el aspecto social con el económico. En la década de 1960, como el Unrisd reconoció más tarde, el desarrollo social 'fue visto en parte como una precondition del crecimiento económico y en parte como la justificación moral de éste y de los sacrificios que implicaba.'¹²

A finales de la década, sin embargo, muchos factores contribuyeron a enfriar el optimismo sobre el crecimiento económico: se hicieron más perceptibles que al principio de la década las deficiencias de las políticas y los procesos en curso; se ampliaron los atributos que debían ser integrados; y se hizo claro que el crecimiento rápido estaba siempre acompañado de crecientes desigualdades. Para entonces, los economistas se sentían más inclinados a reconocer los aspectos sociales como 'obstáculos sociales.' Evidencias uniformes permeaban a los órganos oficiales:

El hecho de que el desarrollo deje atrás, o incluso cree de alguna manera, grandes zonas de pobreza, estancamiento, marginalidad y exclusión real del progreso económico y social es demasiado obvio y urgente para dejarse de lado.¹³

Conceptualmente, existía una rebelión generalizada contra la camisa de fuerza de las definiciones económicas del desarrollo, que constreñían sus metas a indicadores cuantitativos más o menos irrelevantes. El presidente del Banco Mundial, Robert S. McNamara, planteó muy claramente el asunto en 1970. Tras reconocer que una alta tasa de crecimiento no había traído consigo un progreso satisfactorio en el desarrollo durante la Primera Década, insistió en que la de 1970 debía contener algo más que medidas burdas de crecimiento económico.¹⁴ Sin embargo, el 'destronamiento del PNB', como se llamó entonces a esta cruzada, no llegó muy lejos: no fue posible lograr consenso

internacional o académico sobre cualquier otra definición.

Mientras la Primera Década consideraba separadamente los aspectos sociales y económicos del desarrollo, la Segunda comprendió la mezcla de los dos. Se formuló un nuevo paradigma, el de la integración, tras reconocer la necesaria integración de los recursos físicos, los procesos técnicos, los aspectos económicos y el cambio social. La Estrategia para el Desarrollo Internacional, proclamada el 24 de octubre de 1970, demandó una estrategia *global*, basada en la acción conjunta y concentrada en todas las esferas de la vida económica y social. El punto de flexión, sin embargo, no estuvo en la Estrategia sino en una resolución casi simultánea de Naciones Unidas, que estableció un proyecto para la identificación de un *enfoque unificado* del desarrollo y la planeación, 'que debe integrar plenamente los componentes económicos y sociales en la formulación de políticas y programas' El enfoque debería incluir los componentes diseñados:

- (a) *No dejar a sector alguno de la población fuera del alcance del cambio y el desarrollo;*
- (b) *Efectuar un cambio estructural que favorezca el desarrollo nacional y active a todos los sectores de la población para participar en el proceso de desarrollo;*
- (c) *Proponerse la equidad social, incluyendo el logro de una distribución equitativa del ingreso y la riqueza en la nación;*
- (d) *Dar alta prioridad al desarrollo de las potencialidades humanas...a proporcionar oportunidades de empleo y a satisfacer las necesidades de los niños.¹⁵*

Comenzó así una búsqueda de un enfoque unificado para el análisis y la planeación del desarrollo, que examinó simultáneamente la integración intrasectorial y espacial, regional, y el 'desarrollo participativo.' Fue un proyecto frustrante y de corta vida, como empresa de Naciones Unidas. Su crítica de las ideas y métodos de desarrollo económico dominantes encontró gran resistencia. Y su incapacidad de ofrecer remedios universales simples lo condenó a una rápida extinción. El proyecto, empero, incubó la mayor parte de las ideas y lemas que animaron el debate sobre el desarrollo durante los siguientes años.

La Segunda Década, que se inició con esta preocupación por encontrar un enfoque unificado, evolucionó de hecho en la dirección opuesta: la dispersión. Se trajeron en rápida sucesión, al centro de las preocupaciones, 'problemas básicos', como el ambiente, la población, el hambre, la mujer, el habitat o el empleo. Cada 'problema' siguió por un tiempo su carrera independiente, concentrando la atención pública e institucional. Más tarde, se demostró la compleja relación de

cada 'problema' con todos los demás, y comenzó el ejercicio pertinente de unificación, colocando a uno de los 'problemas' en el centro del proceso. Los candidatos clave para la unificación fueron objeto de constante disputa, derivada de las viejas controversias sobre prioridades y de los pleitos cotidianos entre los cuerpos burocráticos por su supervivencia y la asignación de recursos.

La búsqueda del principio unificador se desplazó a otro terreno. En 1974 la Declaración de Cocoyoc puso el acento en que el propósito del desarrollo 'no debe ser desarrollar las cosas, sino al hombre.' 'Cualquier proceso de crecimiento,' añadió, 'que no conduzca a la satisfacción (de las necesidades básicas)- o que, aún peor, la perturbe - es una parodia de la idea de desarrollo.' La Declaración también subrayó la necesidad de la diversidad y de 'seguir muy diferentes caminos al desarrollo,' así como la meta de la autosuficiencia y el requerimiento de 'cambios económicos, sociales y políticos fundamentales.'¹⁶ Algunas de estas ideas se ampliaron después en las propuestas de la Fundación Dag Hammarskjöld, la cual planteó, en 1975, *otro desarrollo*.¹⁷ Siguiendo las ideas de Johan Galtung, para quien el desarrollo debe ser 'desarrollo de un pueblo,' los expertos juzgaron que el hombre debe tener mayor influencia en el proceso de desarrollo y que éste debe ser, como insistía Unesco, *desarrollo integrado*: 'un proceso total y multi-relacional, que incluye todos los aspectos de la vida de una colectividad, de sus relaciones con el mundo exterior y de su propia conciencia.'¹⁸

En 1975, la Séptima Sesión Especial de la Asamblea General de Naciones Unidas demandó un enfoque más efectivo que el de la Estrategia para el Desarrollo Internacional (adoptada en 1970), a fin de alcanzar los objetivos sociales del desarrollo. La Conferencia sobre Empleo, Distribución del Ingreso y Progreso Social, organizada por la OIT en junio de 1976, ofreció una respuesta: el *Enfoque de Necesidades Básicas*, 'dirigido al logro de ciertos niveles mínimos de vida específicos antes del fin del siglo.'¹⁹

Uno de los documentos de apoyo del Enfoque reconoció explícitamente que el desarrollo no eliminaría el hambre y la miseria, y que, por el contrario, seguramente agravaría los niveles de 'pobreza absoluta' de una quinta parte, y probablemente de dos quintas partes, de la población. El Enfoque propuso la idea de ocuparse directamente de satisfacer esas necesidades, en vez de esperar su satisfacción como resultado del proceso de desarrollo. Por dos o tres años la propuesta se puso de moda. El Banco Mundial la encontró particularmente atractiva, puesto que parecía la secuela natural de sus experimentos con 'grupos meta,' que comenzaron en 1973 cuando su estrategia de desarrollo se concentró en los pobres rurales y los pequeños productores. Tenía la virtud de ofrecer

'aplicabilidad universal,' pero al mismo tiempo ser suficientemente relativa como para aplicarse en los términos 'específicos de cada país.' En 1976, la satisfacción de las necesidades básicas de la población de cada país definió la parte central y primera del Programa de Acción de la Conferencia Mundial Tripartita sobre Empleo, Distribución del Ingreso y Progreso Social de la OIT.

Los expertos de Unesco, por su parte, promovieron el concepto de *desarrollo endógeno*. Por algún tiempo, esta concepción ganó aceptación sobre las demás. Parecía claramente herética, en abierta contradicción con la sabiduría convencional. A partir de una crítica rigurosa de la hipótesis del desarrollo 'en etapas' (Rostow), la tesis del desarrollo endógeno rechazó la necesidad o la posibilidad - por no hablar de la conveniencia - de imitar mecánicamente a las sociedades industriales. Propuso, en vez de ello, tomar debidamente en cuenta las particularidades de cada nación. Sin embargo, apenas se tomó en cuenta el hecho de que esta sensata consideración lleva a un callejón sin salida en la teoría y la práctica mismas del desarrollo; contiene una contradicción en los términos. Si el impulso es verdaderamente endógeno, es decir, si las iniciativas realmente provienen de las diversas culturas y de sus diferentes sistemas de valores, nada permite creer que de ellas surgirá necesariamente el desarrollo -independientemente de cómo se le defina- o incluso un impulso que lleve en esa dirección. Si se le aplica adecuadamente, la concepción lleva a la disolución de la noción misma de desarrollo, tras darse cuenta de la imposibilidad de imponer un solo modelo cultural en todo el mundo -como una conferencia de expertos de Unesco reconoció apropiadamente en 1978.

La siguiente década, la de 1980, fue llamada la 'década perdida para el desarrollo.' A pesar de los fuegos de artificio de los cuatro tigres asiáticos, prevaleció el pesimismo. El 'proceso de ajuste' significó para muchos países abandonar o desmantelar, en nombre del desarrollo, la mayor parte de sus logros previos. En 1985, la era del posdesarrollo parecía estar en la perspectiva.²⁰

La de 1990, en contraste, dió lugar a un nuevo ethos desarrollista, que ha seguido dos direcciones claramente distintas. En el Norte, exige el *redesarrollo*, es decir, desarrollar de nuevo lo que se había desarrollado mal o resultaba ya obsoleto. En Estados Unidos y lo que fue la Unión Soviética, en España o Suiza, en Austria, Polonia o Inglaterra, la atención pública se concentra en la velocidad y condiciones bajo las cuales se podrá destruir, desmantelar, exportar o sustituir lo que estaba previamente desarrollado (medicina socializada, plantas nucleares, producción de acero, industria manufacturera anterior al *microchip*, fábricas contaminantes o plaguicidas venenosos).

En el Sur, el redesarrollo exige también dismantelar lo que había quedado del 'proceso de ajuste' de la década de 1980, a fin de hacer espacio para los desperdicios del Norte (desechos radioactivos, plantas manufactureras obsoletas o contaminantes, mercancías invendibles o prohibidas...) y para las maquila-doras, esas seudofábricas fragmentarias y temporales que el Norte mantendrá en operación durante el periodo de transición. La obsesión con la competitividad, por temor a ser dejado fuera de la carrera, compele a aceptar la destrucción de secciones completas de lo que fue 'desarrollado' en los últimos 30 años. Sacrificado en el altar del redesarrollo, se le insertará en diseños transnacionales congruentes con la demanda del mercado mundial.

En el Sur, sin embargo, el acento del redesarrollo no estará en tales empresas, que existen en la forma de enclaves tecnológicos y socio-políticos. El redesarrollo implica más bien, en el Sur, la colonización económica del llamado sector informal. En nombre de la modernización y bajo la bandera de la guerra a la pobreza -lanzada como siempre contra los pobres, no contra la pobreza misma- redesarrollar el Sur significa lanzar el último y definitivo asalto contra la resistencia organizada al desarrollo y la economía.

Conceptual y políticamente, el redesarrollo está ahora tomando la forma de *desarrollo sostenible*, por 'nuestro futuro común', tal como prescribió la Comisión Brundtland. O bien, lo promueven activamente, como redesarrollo verde y democrático, quienes asumen que la lucha contra el comunismo, el tema básico del discurso de Truman, ha quedado atrás. En esta interpretación convencional, empero, se ha concebido el desarrollo sostenible como una estrategia para sostener el 'desarrollo,' no para apoyar el florecimiento y la perduración de una vida social y natural infinitamente diversa.

La década actual también ha visto el nacimiento de un ejercicio burocrático para dar al desarrollo otra oportunidad de vida. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicó en 1990 el primer *Informe sobre el Desarrollo Humano*.²¹ El informe sigue claramente los pasos de quienes intentan cuantificar lo económico, aunque presta apropiada consideración a los esfuerzos del Unrisd por medir y analizar el desarrollo socio-económico y la tradición de los *Informes* sobre la situación social en el mundo.

De acuerdo con este Informe, el 'desarrollo humano' se presenta como un proceso y un nivel de logro. Como proceso, es 'la ampliación de las elecciones humanas relevantes.' Como nivel de logro, es 'la medida de comparación internacional en que se han logrado esas elecciones, en sociedades dadas.' Los autores del Informe encuentran formas muy expeditas de superar los desafíos tradicionales de la cuantificación y la comparación internacional, así como los

En el Sur, el redesarrollo exige también dismantelar lo que había quedado del 'proceso de ajuste' de la década de 1980, a fin de hacer espacio para los desperdicios del Norte (desechos radioactivos, plantas manufactureras obsoletas o contaminantes, mercancías invendibles o prohibidas...) y para las maquila-doras, esas seudofábricas fragmentarias y temporales que el Norte mantendrá en operación durante el periodo de transición. La obsesión con la competitividad, por temor a ser dejado fuera de la carrera, compele a aceptar la destrucción de secciones completas de lo que fue 'desarrollado' en los últimos 30 años. Sacrificado en el altar del redesarrollo, se le insertará en diseños transnacionales congruentes con la demanda del mercado mundial.

En el Sur, sin embargo, el acento del redesarrollo no estará en tales empresas, que existen en la forma de enclaves tecnológicos y socio-políticos. El redesarrollo implica más bien, en el Sur, la colonización económica del llamado sector informal. En nombre de la modernización y bajo la bandera de la guerra a la pobreza -lanzada como siempre contra los pobres, no contra la pobreza misma- redesarrollar el Sur significa lanzar el último y definitivo asalto contra la resistencia organizada al desarrollo y la economía.

Conceptual y políticamente, el redesarrollo está ahora tomando la forma de *desarrollo sostenible*, por 'nuestro futuro común', tal como prescribió la Comisión Brundtland. O bien, lo promueven activamente, como redesarrollo verde y democrático, quienes asumen que la lucha contra el comunismo, el tema básico del discurso de Truman, ha quedado atrás. En esta interpretación convencional, empero, se ha concebido el desarrollo sostenible como una estrategia para sostener el 'desarrollo,' no para apoyar el florecimiento y la perduración de una vida social y natural infinitamente diversa.

La década actual también ha visto el nacimiento de un ejercicio burocrático para dar al desarrollo otra oportunidad de vida. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicó en 1990 el primer *Informe sobre el Desarrollo Humano*.²¹ El informe sigue claramente los pasos de quienes intentan cuantificar lo económico, aunque presta apropiada consideración a los esfuerzos del Unrisd por medir y analizar el desarrollo socio-económico y la tradición de los *Informes* sobre la situación social en el mundo.

De acuerdo con este Informe, el 'desarrollo humano' se presenta como un proceso y un nivel de logro. Como proceso, es 'la ampliación de las elecciones humanas relevantes.' Como nivel de logro, es 'la medida de comparación internacional en que se han logrado esas elecciones, en sociedades dadas.' Los autores del Informe encuentran formas muy expeditas de superar los desafíos tradicionales de la cuantificación y la comparación internacional, así como los

acertijos conceptuales de su tarea. Presentan el desarrollo humano por medio de un 'nivel internacionalmente comparativo de privación,' que muestra cuán lejos del caso nacional más exitoso se encuentran los demás países. La meta más ambiciosa del Informe es generar un Índice de Desarrollo Humano, 'que sintetice, en una escala numérica, el nivel global de desarrollo humano en 130 países.' Su método: combinar la privación de esperanza de vida, de alfabetismo de adultos y del PNB real per cápita. El Informe también incluye el análisis de las condiciones sociales existentes en esos países para el periodo 1960-1988, tras reunir datos sobre una amplia colección de variables y una serie de proyecciones, que presentan 'metas sociales viables' a alcanzarse para el año 2000.

¡No deja de ser valeroso adoptar como unidad de medida el PNB per cápita en términos reales en dólares! Los autores del Informe piensan que la esperanza de una larga vida, junto con el alfabetismo total, no son suficientes para dar a un ser humano margen suficiente para elegir, si al mismo tiempo está privado de acceso a los recursos para la satisfacción de sus necesidades materiales. Pero medir estas últimas está plagado de dificultades; el Informe las reconoce y opta por una solución simple - un refinamiento técnico de la vieja y apropiada unidad de medida, el PNB.

La expansión del reino de la escasez

Durante el siglo XIX, pero en realidad mucho antes en Europa, la construcción social del desarrollo se asoció con un diseño político: extraer de la sociedad y la cultura una esfera autónoma, la económica, e instalarla en el centro de la política y la ética. Esa transformación brutal y violenta, que concluyó primero en Europa, estuvo siempre asociada con la dominación colonial en el resto del mundo. Economización y colonización eran sinónimos. Lo que Truman logró fue liberar la esfera económica de las connotaciones negativas acumuladas en dos siglos, desligando el desarrollo del colonialismo. No más del 'viejo imperialismo,' dijo Truman. En retrospectiva, es posible ver que el acento en el crecimiento económico de los primeros desarrollistas posttrumanianos no era una desviación ni una interpretación equivocada de la propuesta de Truman: más bien, era la expresión de su esencia misma.

Como construcción conceptual, la economía trata de subordinar a su dominio y subsumir en su lógica cualquier otra forma de interacción social en cualquier sociedad que invade. Como designio político, adoptado por algunos como propio, la historia económica es una historia de conquista y dominación. Lejos de ser la evolución idílica descrita por los padres fundadores de la teoría económica, la emergencia de la sociedad económica es una historia de violencia

y destrucción que a menudo adopta carácter genocida. No es de extrañar que la resistencia haya aparecido en todas partes.

Establecer el valor económico exige desvalorizar todas las demás formas de existencia social.²² El desvalor produce una metamorfosis grotesca de las destrezas en carencias, de los ámbitos de comunidad en recursos, de los hombres y mujeres en mano de obra comercializable, de la tradición en carga, de la sabiduría en ignorancia, de la autonomía en dependencia. Metamorfosea grotescamente las actividades autónomas de la gente que encarnan deseos, destrezas, esperanzas e interacciones entre sí y con el ambiente, en necesidades cuya satisfacción requiere la intermediación del mercado.

El individuo desvalido, cuya supervivencia se vuelve ahora necesariamente dependiente del mercado, no fue invención de los economistas; tampoco nació con Adán y Eva, como ellos sostienen. Fue una creación histórica. Fue creado por el proyecto económico que reformuló la humanidad. La metamorfosis grotesca de hombres y mujeres autónomos en desvalorizados 'hombres económicos' fue de hecho una precondition para la emergencia de la sociedad económica, una condición que debe renovarse, reconfirmarse y profundizarse continuamente para que el dominio económico pueda proseguir. El desvalor es el secreto del valor económico, y no puede crearse sino con violencia y frente a continua resistencia.

La teoría económica no reconoce límites a su aplicación. Este argumento se presenta bajo el supuesto de que ninguna sociedad se encuentra libre del 'problema económico,' como los economistas denominan a su definición de la realidad social. Al mismo tiempo, reconocen con orgullo que su disciplina, como ciencia, fue una invención. Les encanta rastrear sus raíces hasta la antigüedad, y emplean a Aristóteles y a sus preocupaciones sobre el valor como ejemplo pertinente. Pero consideran estas antiguas intuiciones como meras huellas iniciales, heraldos del advenimiento de los santos patrones de la ciencia, que descubrieron la economía en el siglo XVIII.

Desde luego, los economistas no inventaron los nuevos patrones de comportamiento que emergieron con la sociedad económica a través de la creación del mercado moderno. Pero los padres fundadores de la disciplina fueron capaces de codificar sus observaciones en una forma que se acomodaba bien a las ambiciones de los intereses emergentes: ofrecieron fundamento 'científico' al designio político de una nueva clase dominante. Cuando esa forma fue recibida como 'verdad' por el público y absorbida en el lenguaje común, fue capaz de transformar las percepciones populares desde adentro y

cambiar el significado de palabras y supuestos previos.

Los padres fundadores de la teoría económica vieron en la *escasez* la piedra angular de su construcción teórica. El hallazgo marcó la disciplina para siempre. Toda la construcción de la teoría económica se sustenta en la premisa de la escasez, postulada como una condición universal de la vida social. Los economistas fueron capaces de transformar este hallazgo en un prejuicio popular, una verdad evidente por sí misma para todos. El 'sentido común' está en la actualidad tan inmerso en la forma económica de pensar que ningún hecho de la vida cotidiana que la contradiga parece suficiente para provocar una reflexión crítica sobre su carácter.

La escasez connota falta, rareza, restricción, deseo, insuficiencia, incluso frugalidad. Puesto que todas estas connotaciones aluden a condiciones que aparecen en todas partes y en todos los tiempos se encuentran ahora mezcladas con las denotaciones económicas de la palabra, como *terminus technicus*, con lo que el prejuicio popular sobre la universalidad de la teoría económica, con su premisa de la escasez, se ve constantemente reforzado.

Poca atención se presta al hecho de que la 'ley de la escasez' formulada por los economistas, que ahora aparece en cualquier libro de texto, no alude directamente a las situaciones comunes denotadas por la palabra. La súbita falta de aire fresco durante un incendio no es escasez de aire en el sentido económico. No lo es la frugalidad que se autoimpone un monje, la insuficiencia de *punch* en un boxeador, la rareza de una flor, o las últimas reservas de trigo mencionadas por un faraón que se consideran la primera referencia histórica conocida al hambre.

La 'ley de la escasez' fue construida por los economistas para denotar el supuesto técnico de que los deseos del hombre son grandes, por no decir infinitos, mientras que sus medios son limitados aunque mejorables. El supuesto implica elecciones sobre la asignación de medios (recursos). Este 'hecho' define el 'problema económico' *par excellence*, cuya 'solución' proponen los economistas por medio del mercado o del plan. La percepción popular, especialmente en la porción norte del mundo, comparte incluso este significado técnico de la palabra escasez, asumiéndolo como una verdad evidente en sí misma. Pero es precisamente la universalidad de este supuesto lo que ya no puede sostenerse.

Pocos años antes del discurso de Truman, al finalizar la guerra, Karl Polanyi publicó *The Great Transformation* (La Gran Transformación).²³ Convencido de que el determinismo económico era un fenómeno del siglo XIX, que el sistema de mercado distorsionó violentamente nuestras concepciones del hombre y la sociedad, y que estas concepciones distorsionadas resultaban ser los principales obstáculos para la solución de los problemas de nuestra civilización,²⁴ Polanyi documentó cuidadosamente la historia económica de Europa como la historia de la creación de la economía como una esfera autónoma, desligada del resto de la sociedad. Mostró que el mercado nacional no apareció como la emancipación gradual y espontánea de la esfera económica del control gubernamental, sino precisamente lo contrario: el mercado fue el resultado de una intervención consciente y a menudo violenta del gobierno. En los años siguientes, Polanyi sentó los fundamentos de la historia económica comparada.

Después de él, muchos otros siguieron su camino, trazando de nuevo la historia económica como un capítulo más de la historia de las ideas. Louis Dumont, entre otros, ha mostrado que el descubrimiento de la economía por medio de la invención de la teoría económica fue, de hecho, un proceso de construcción social de ideas y conceptos.²⁵ Las 'leyes' económicas de los economistas clásicos no eran sino invenciones deductivas que transformaron los patrones recién observados de comportamiento social, adoptados con la emergencia de la sociedad económica, en axiomas universales diseñados para llevar a cabo un nuevo proyecto político. El supuesto de la previa existencia de 'leyes' o 'hechos' económicos, construido por los economistas, es insostenible si se le confronta con lo que sabemos de sociedades y culturas antiguas, y con lo que aún ahora es posible observar en algunas partes del mundo.

Marshall Sahlins y Pierre Clastres, entre otros, han dado cuenta detallada y bien documentada de culturas en que supuestos no económicos gobiernan la vida de la gente y que rechazan el supuesto de la escasez siempre que aparece entre ellas.²⁶ Hombres y mujeres a quienes se ubica actualmente en los márgenes de la economía mundial, los llamados marginales, encuentran apoyo en esa tradición cuando siguen desafiando los supuestos económicos en la teoría y en la práctica. En todo el mundo, descripciones de un conjunto enteramente nuevo de experiencias de esos pueblos están tratando de encontrar su lugar en los estantes de las bibliotecas, pero no encajan bien en las clasificaciones sociales distorsionadas por los anteojos de los economistas.

Nuevos ámbitos de comunidad

Luchar para limitar la esfera económica no es, para el hombre común en los márgenes o para la mayoría de la gente en la tierra, una reacción mecánica a la invasión económica de sus vidas. No son ludditas. Más bien, ven su resistencia como una forma de reconstituir creativamente sus formas básicas de interacción social, a fin de liberarse de las cadenas económicas. Han creado así, en sus vecindades, pueblos y barrios, nuevos ámbitos de comunidad que les permiten vivir en sus propios términos.

En estos nuevos ámbitos de comunidad, existen formas de interacción social que surgieron en la era de la posguerra. Estos grupos son los herederos de una diversificada colección de ámbitos de comunidad, de comunidades e incluso de culturas completas, que fueron destruidos por la forma económica, industrial, de interacción social. Tras la extinción de sus regímenes de subsistencia, trataron de adoptar diversas formas de acomodamiento a la forma industrial. El hecho de no haberlo logrado, ni a través de la sociedad industrial ni a partir de los remanentes de las formas tradicionales de interacción, fue la precondition de las invenciones sociales cuya consolidación y florecimiento fueron adicionalmente estimulados por la llamada crisis del desarrollo.

Para la gente en los márgenes, desligarse de la lógica económica del mercado o del plan se ha convertido en la condición misma de su supervivencia. Se ven forzados a confinar su interacción económica -para algunos muy frecuente e intensa- a los campos que están fuera de los espacios en que organizan sus propios modos de vida. Esos espacios fueron su refugio durante la era del desarrollo. Tras experimentar lo que significa la supervivencia en la sociedad económica, recuentan ahora las bendiciones que encontraron en tales refugios, aunque trabajan activamente para regenerarlos.

Al igualar la educación con la obtención de diplomas, de acuerdo con la definición económica del aprendizaje, carecían de maestros y escuelas. Ahora, al reinsertar el aprendizaje en la cultura, disfrutaban la opulencia de enriquecer constantemente su conocimiento, con alguna ayuda de amigos que aportan experiencias y remedios de otras tradiciones.

Tras igualar la salud con la dependencia de servicios médicos, carecían de doctores, centros de salud, hospitales, medicamentos. Ahora, después de reconocer otra vez que sanar no es sino la capacidad autónoma de lidiar con el ambiente, están regenerando su propia capacidad curativa, disfrutando los beneficios de la sabiduría tradicional de sus curanderos y de la rica capacidad

terapéutica de sus entornos. Para esto reciben también alguna ayuda de sus amigos, cuando se necesitan medios externos para atender algo que está fuera de su alcance o de su entorno tradicional.

Después de igualar la comida con las actividades técnicas de producción y consumo, vinculadas a la intermediación del mercado o del estado, carecían de ingresos suficientes y sufrían escasez de alimentos. Ahora, están regenerando y enriqueciendo sus relaciones entre sí y con el medio, nutriendo de nuevo sus vidas y sus tierras. Por lo general logran lidiar bien con los faltantes que aún los afectan, a veces muy severamente - como consecuencia del tiempo y esfuerzo que se requieren para remediar los daños causados por el desarrollo o por su incapacidad temporal de escapar de las dañinas interacciones económicas que aún necesitan mantener. No es fácil, por ejemplo, salirse de las cosechas comerciales o liberarse de la adicción al crédito o los insumos industriales; pero el cultivo intercalado, al que muchos han comenzado a regresar, regenera la tierra y la cultura, y con el tiempo permite mejorar la nutrición.

Grupos campesinos y marginales de las ciudades comparten ahora con quienes se han visto obligados a abandonar el centro económico los mil trucos que aprendieron para limitar la economía, burlarse del credo económico, o reformular y refuncionalizar la tecnología moderna. La 'crisis' de la década de 1980 expulsó de la nómina a quienes ya habían sido educados en la dependencia de ingresos y del mercado, gente que carecía de una red social que les permitiera sobrevivir por sí mismos. El proceso plantea grandes desafíos y tensiones a todos, pero también ofrece una oportunidad creativa de regeneración, una vez que descubren la medida en que pueden apoyarse mutuamente.

La lógica básica de la interacción social dentro de los nuevos ámbitos de comunidad previene que la escasez aparezca en ellos. La gente no adopta fines ilimitados, puesto que sus fines no son sino el otro lado de sus medios, su expresión directa. Si sus medios son limitados, como son, sus fines no pueden ser ilimitados. Dentro de los nuevos ámbitos de comunidad, las necesidades se definen con verbos que describen actividades que encarnan deseos, destrezas e interacciones con otros y con el medio. Las necesidades no están separadas en diversas 'esferas' de la realidad: carencias y expectativas de un lado, y satisfactores del otro, que se reúnen a través del mercado o del plan.

Una de las más interesantes facetas de la regeneración en curso en los nuevos ámbitos de comunidad que están creando hombres y mujeres ordinarios es precisamente la recuperación de su propia definición de necesidades, desmantelada por el desarrollo en la percepción y en la práctica. Al fortalecer

formas de interacción insertas en el tejido social y al romper el principio económico del intercambio de equivalentes, están recuperando sus formas autónomas de vivir. Al reinstalar o regenerar formas de comercio que operan fuera de las reglas del mercado o del plan, están enriqueciendo sus vidas cotidianas y limitando el impacto y el alcance de las operaciones comerciales que aún necesitan mantener, al tiempo que reducen la transformación de su tiempo y de los frutos de su esfuerzo en mercancías.

El actor principal de la economía, el hombre económico, no encuentra respuestas factibles para lidiar con la 'crisis' del desarrollo, y frecuentemente reacciona con desolación, agotamiento, incluso desesperación. Constantemente cae en el juego político de demandas y promesas, o en el juego económico de intercambiar el presente por el futuro, las esperanzas por expectativas. En contraste, el actor principal de los nuevos ámbitos de comunidad, el hombre común o comunitario, disuelve o previene la escasez, en sus esfuerzos imaginativos para lidiar con sus predicamentos. Sólo necesita libertad en sus espacios y limitado apoyo a sus iniciativas. Puede mezclarlas y combinarlas en coaliciones políticas, cada vez más capaces de reorientar las políticas y cambiar los estilos políticos. Apoyada en recientes experiencias, la nueva conciencia que surge de los márgenes puede despertar a otros, ampliando esas coaliciones hasta el punto crítico en que comienza a ser factible una inversión del dominio económico.

La economía de los economistas no es sino un juego de reglas con el que se gobiernan las sociedades modernas. Los hombres y las sociedades no son económicos, aún después de haber creado instituciones y formas de interacción de naturaleza económica, aún después de haber instituido la economía. Y esas reglas económicas se derivan de la escasez crónica de la sociedad moderna. Lejos de ser la ley de hierro de cualquier sociedad humana, la escasez es un accidente histórico: tuvo un principio y puede tener un fin. Ha llegado el tiempo de su fin. Este es el tiempo de los márgenes, del hombre común o comunitario.

A pesar de la economía, el hombre común, en los márgenes, ha sido capaz de mantener viva otra lógica, otro juego de reglas. En contraste con la economía, esta lógica se halla inserta en el tejido social. Ha llegado el tiempo de confinar la economía a su lugar adecuado: en el margen. Como los marginales han hecho.

El Llamado

Este ensayo es una invitación a celebrar y un llamado a la acción política.

Celebra la aparición de nuevos ámbitos de comunidad, abiertos creativamente por hombres y mujeres ordinarios ante el fracaso de las estrategias de los desarrollistas para transformar a hombres y mujeres tradicionales en hombres económicos. Estos nuevos ámbitos de comunidad son prueba viviente de la habilidad e ingenio de la gente común, para reaccionar con imaginación sociológica y seguir su propio camino, dentro de ambientes hostiles.

Este ensayo es también un llamado. Plantea, ante todo, establecer controles políticos para proteger estos nuevos ámbitos de comunidad y ofrecer a los hombres comunes un contexto social más favorable para sus actividades e innovaciones. Tales controles políticos sólo podrán implementarse cuando se logre que la conciencia pública de los límites del desarrollo se encuentre firmemente enraizada en la sociedad. Aún aquellos todavía convencidos de que las metas del desarrollo son ideales pertinentes para los llamados subdesarrollados, deben reconocer honestamente las actuales imposibilidades estructurales para la materialización universal de tales metas: la mayor parte de la gente carecerá de automóvil familiar, no podrá registrarse en un Sheraton ni comerá en McDonald's; tampoco logrará diez años de escolaridad y acceso a servicios médicos de buena calidad. El cinismo de quienes, conociendo tales límites, siguen proclamando el mito, debe ser expuesto públicamente.

Este ensayo demanda testimonios públicos y solicita el debate público sobre las formas poseconómicas que están apareciendo en todas partes, a fin de limitar el daño económico y crear espacio para las nuevas formas de vida. Desafía la imaginación social para concebir controles políticos que permitan el florecimiento de las iniciativas poseconómicas.

Este ensayo también demanda investigaciones y discusión pública sobre los asuntos que dan contenido a coaliciones de ciudadanos para la implementación de controles políticos en la esfera económica, al reinsertar las actividades económicas en el tejido social. Demanda una nueva evaluación pública digna de los puntos de vista que están emergiendo en forma de rumores entre los hombres y mujeres ordinarios, que definen límites a la economía al tratar de renovar la política en la base social.

Los nuevos ámbitos de comunidad, creados por hombres ordinarios, son heraldos de una era que de fin al privilegio y la licencia. Este ensayo celebra la aventura de esos hombres.

El desarrollo se ha evaporado. La metáfora abrió un campo de conocimiento y por un tiempo dio a los científicos algo en qué creer. Después de algunas décadas, está claro que este campo de conocimiento es una tierra minada, inexplorable. Ni en la naturaleza ni en la sociedad existe una evolución que imponga como ley una transformación hacia 'formas cada vez más perfectas.' La realidad está abierta a la sorpresa. El hombre moderno ha fracasado en su pretensión de ser dios.

Enraizarse en el presente requiere una imagen del futuro. No es posible actuar aquí y ahora, en el presente, sin tener una imagen del instante siguiente, del posterior, de un cierto horizonte temporal. Esa imagen del futuro ofrece guía, ánimo, orientación, esperanza. A cambio de imágenes culturalmente establecidas, construidas por hombres y mujeres concretos en sus espacios locales, a cambio de mitos concretos, verdaderamente reales, se ofreció al hombre moderno una expectativa ilusoria, implícita en la connotación de desarrollo y en su red semántica: crecimiento, evolución, maduración, modernización. También se le ofreció una imagen del futuro como mera continuación del pasado: eso es el desarrollo, un mito conservador, si no reaccionario.

Ha llegado el tiempo de recobrar sentido de la realidad. Es tiempo de recuperar serenidad. Muletas como las que ofrece la ciencia son innecesarias cuando se camina sobre los propios pies, en el camino propio, soñando los propios sueños - no los que se toman en préstamo del desarrollo.

Notas

1. Harry S. Truman, Discurso de Investidura, 20 de enero de 1949, en *Documents on American Foreign Relations* (Documentos sobre las Relaciones Exteriores Norteamericanas), Connecticut: Princeton University Press, 1967.

2. Wilfred Benson, "The Economic Advancement of Underdeveloped Areas" (El Progreso Económico de las Areas Subdesarrolladas), in *The Economic Basis of Peace* (La Base Económica de la Paz), Londres: National Peace Council, 1942.

3. Peggy Rosenthal, *Words and Values: Some Leading Words and Where They Lead Us* (Palabras y Valores : Algunas palabras guías y adonde nos conducen), Oxford: Oxford University Press, 1984.

4. W. K. Hancock, citado en H. W. Arendt, 'Economic Development: A Semantic History' (Desarrollo Económico : Una Historia Semántica), in *Economic Development and Cultural Change*, Vol.26, abril de 1981.

5. Wolfgang Sachs, «The Archeology of the Development Idea' (La Arqueología de la Idea del Desarrollo), *Interculture*, Vol.23, No.4, otoño de 1990 [publicado en castellano en *Opciones*, México, No. 2-7, 1992].

6. Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
7. W. Arthur Lewis, *The Theory of Economic Growth* (La Teoría del Crecimiento Económico), Homewood, Ill.: Ricard D. Irwin, 1995.
8. Paul N. Baran, *La Economía Política del Crecimiento*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959. (La primera edición en inglés, por Monthly Review Press, es de 1957.)
9. Walter Rostow, *Las Etapas del Crecimiento Económico*, México: Fondo de Cultura Económica, 1961. (La primera edición en inglés, por Cambridge University Press, es de 1960.)
10. Baran supuso que el desarrollo económico siempre implicaba una profunda transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas de la sociedad, y de las organizaciones dominantes de producción, distribución y consumo. Pero igualó tanto el crecimiento como el desarrollo con el incremento en la producción *per capita* de bienes materiales. Rostow reconoció que la historia moderna no puede reducirse a clasificaciones limitadas y arbitrarias de etapas de crecimiento económico, pero encontró que tal generalización puede ser la clave de los desafíos actuales.
11. Naciones Unidas, *The UN Development Decade: Proposals for Action* (La Década del Desarrollo de las Naciones Unidas : Propuestas para la Acción), Nueva York: UN, 1962. (Hay edición en español).
12. UNRISD, *Un enfoque de la investigación del desarrollo*, Ginebra: UNRISD, 1979.
13. Naciones Unidas, 'Report of the 1969 Meeting of Experts on Social Policy and Planning' (Informe del Encuentro de Expertos en Política Social y Planificación 1969), en *International Social Development Review*, No. 3, 1971.
14. Robert S. McNamara, 'The True Dimension of the Task' (La Verdadera Dimensión de la Tarea), en *International Development Review*, 1970, Vol.1.
15. UNRISD, *The Quest for a Unified Approach to Development* (La Búsqueda de un Enfoque Unificado del Desarrollo), Ginebra: UNRISD, 1980.
16. La Declaración de Cocoyoc fue adoptada por los participantes en el Simposio sobre Patrón de uso de recursos, ambiente y desarrollo, del Pnud y la Unctad, en Cocoyoc, México, en octubre de 1974.
17. Fundación Dag Hammarskjold, 'What Now? Another Development' (¿Y Ahora qué ? Otro Desarrollo), número especial de *Development Dialogue*, Uppsala: la Fundación, 1975. (Hay edición en español).
18. Unesco, *Plan à moyen terme (1977-1982)* (Plan a Mediano Plazo (1977-1982)), documento 19 c'4, 1977. (Hay edición en español).

19. OIT, *Employment, Growth and Basic Needs* (Empleo, Crecimiento y Necesidades Básicas), Ginebra: OIT, 1976. (Hay edición en español.)

20. Gilbert Rist, *Towards Post-Development Age* (Hacia la Era del Pos-desarrollo), Ginebra: Fundación Christophe Eckenstein, 1990.

21. PNUD, *Human Development Report* (Informe sobre el Desarrollo Humano), dirigido por Mahbub ul Haq y un grupo de expertos del PNUD, Nueva York; Oxford University Press, 1990. (Hay edición en español).

22. Iván Illich, 'El desvalor y la creación social del desecho', *Tecno-política*, Doc. 87-03.

23. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Nueva York: Rinehart and Co., 1944. (En español, *La gran transformación*, México: Fondo de Cultura Económica, 1990).

24. Karl Polanyi, 'On belief in economic determinism' (Sobre la fe en el determinismo económico), *Sociological Review*, Vol. XXXIX, sección primera, 1947.

25. Louis Dumont, *From Mandeville to Marx: The Genesis and Triumph of Economic Ideology* (De Mandeville a Marx: La génesis y el triunfo de la ideología económica), Chicago: University of Chicago Press, 1977.

26. Marshall Sahlins, *Stone Age Economics* (Economía de la Edad de Piedra), Nueva York: Aldine, 1972, y Pierre Clastres, *La société contre l'état* (La sociedad contra el estado), París: Les Editions de Minuit, 1974.

Bibliografía

Sobre la historia y fundamentos del pensamiento económico, y las teorías y conceptos de desarrollo, los grandes diccionarios son muy útiles: el *Oxford English Dictionary*, desde luego, pero también la *Great Soviet Encyclopedia* y los diccionarios clásicos alemanes y franceses.

Entre las bibliografías, encuentro particularmente útiles: Jorge García-Bouza, *A Basic Needs Analytical Bibliography* (Una Bibliografía Analítica sobre las Necesidades Básicas), París: OECD Development Centre, 1980; Guy Gran, *An Annotated Guide to Global Development* (Una Guía Anotada al Desarrollo Global), Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1987; Elsa Assidon et al., *Economie et Sociologie du Tiers-Monde: Un guide bibliographique et documentaire* (Economía y Sociología del Tercer Mundo: Una guía bibliográfica y documental), París: Editions L'Harmattan, 1981; Charles W. Bergquist, *Alternative Approaches to the Problem of Development: A Selected and Annotated Bibliography* (Enfoques Alternativos al Problema del Desarrollo: Una Bibliografía Seleccionada y Anotada), Durham: Carolina Academic Press, 1979; Guy Caire, 'Bibliographie analytique et critique' (Bibliografía analítica y crítica) en Jacques Austruy, *Le Scandale du Developpement* (El Escándalo del Desarrollo), París: Editions Marcel Riviere, 1965. También la selección de Gerarld Meier (ver abajo).

A.N. Agarwala y S.P. Singh, *Economía del subdesarrollo*, Madrid: Tecnos, 1973, es una colección de artículos y ensayos 'clásicos', que representan la percepción intelectual en la década de 1950. Los de Colin Clark, Paul Baran, Hla Myint, Arthur Lewis, Rosenstein-Rodan y H.W. Singer parecen particularmente interesantes.

La sabiduría convencional puede ser rastreada en I. Alechina, *Contribution du systeme des Nations Unies a l'elaboration de nouvelles conceptions theoriques du developpement* (Contribución del sistema de las Naciones Unidas a la elaboración de nuevas concepciones teóricas del desarrollo), Ulan-Bator: Unesco, 1980; Gerald Meier, *Leading Issues in Economic Development* (Temas Conductores en el Desarrollo Económico), Oxford: Oxford University Press, 1984, que incluye muy buenas selecciones bibliográficas; Paul Isenman et al., *Poverty and Human Development: A World Bank Publication* (Pobreza y Desarrollo Humano : Una Publicación del Banco Mundial), Nueva York: Oxford University Press, 1980; y *Le developpement: ideologies et pratiques* (El desarrollo : ideologías y prácticas), París: Orstom, 1983; así como en el texto no muy convencional, UNRISD, *The Quest for a Unified Approach to Development* (La Búsqueda de un Enfoque Unificado del Desarrollo), Ginebra: UNRISD, 1980.

Los clásicos postrumanianos son aún útiles: Raúl Prebisch, 'El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas', en *Boletín Económico para América Latina*, Vol.7, 1950; Bert F. Hoselitz, *The Progress of Underdeveloped Areas* (El Progreso de las Areas Subdesarrolladas), Chicago: University of Chicago Press, 1951; W. Arthur Lewis, *Teoría del desarrollo económico* (que en el original es *Theory of Economic Growth*), México: Fondo de Cultura Económica, 1958; Paul Baran, *Economía política del crecimiento*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959; Gunnar Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959; Albert O. Hirschman, *La estrategia del desarrollo económico*, México: Fondo de Cultura Económica, 1961; Raymond Barre, *Desarrollo económico: análisis y política*, México: Fondo de Cultura Económica, 1962; y W.W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

En cuanto al debate sobre los límites del crecimiento, ver Willem L. Otmans, ed. *On Growth; The Crisis of Exploding Population and Resource Depletion* (Sobre el Crecimiento : La Crisis de la Explosión Demográfica y del Agotamiento de los Recursos), Utrecht: A. W. Bruna, 1973; H. V. Hodson, *The Diseconomics of Growth* (La Diseconomía del Crecimiento), Nueva York: Ballantine Books, 1972; Joseph Hodara e Iván Restrepo, *¿Tiene límites el crecimiento?*, México: Editorial El Manual Moderno, 1977; y Fred Hirsch, *Social Limits to Growth* (Límites Sociales al Crecimiento), Cambridge: Harvard University Press, 1980.

Sobre críticas radicales: Iván Illich, *Celebration of Awareness* (Celebración del Darse Cuenta), Londres: Calder & Boyars, 1971, *Toward a History of Needs* (Hacia una Historia de las Necesidades), Nueva York, Pantheon Books, 1977, y *Alternativas*, México: Joaquín Mortiz, 1984; Jacques Attali et al., *Le mythe du developpement* (El Mito del Desarrollo), París: Editions du Seuil, 1977; Gilbert Rist et al., *Fault-il refuser*

le développement? (¿Hace falta rechazar el desarrollo?), París: PUF, 1985; T. Verhelst, *No Life Without Roots* (No Hay Vida sin Raíces), Londres: Zed Books, 1989; y Robert Vachon et al., *Alternatives au Développement* (Alternativas al Desarrollo), Montreal: Centre Interculturel Monchanin, 1988. En 'Development: Metaphor, Myth, Threat' (Desarrollo : Metáfora, Mito, Amenaza) en *Development*, 1985:3.1 propuse que el futuro de los estudios sobre el desarrollo debe encontrarse en la arqueología (para explorar las ruinas dejadas por el desarrollo), y en 'Regenerating People's Space' (Regenerando el Espacio del Pueblo) en *Alternatives*, Vol.12, 1987, pp.125-52, destaqué algunas prácticas sociales posteriores al fallecimiento del desarrollo.

Sobre la historia conceptual del desarrollo, además de los diccionarios, ver: H. W. Arendt, *The Rise and Fall of Economic Growth: A Study in Contemporary Thought* (El Ascenso y Caída del Crecimiento Económico : Un Estudio del Pensamiento Contemporáneo), Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1978, y 'Economic Development: A Semantic History' (Desarrollo Económico : Una Historia Semántica), en *Economic Development and Cultural Change*, Vol.26, abril de 1981; Lord Robbins, *The Theory of Economic Development in the History of Economic Thought* (La Teoría del Desarrollo Económico en la Historia del Pensamiento Económico), Londres: Macmillan St. Martin's Press, 1968; G. Canguilhem et al., *Du développement a l'évolution* (Del desarrollo a la evolución), París: PUF, 1962; Teodor Shanin, *Late Marx and the Russian Road: Marx and 'The Peripheries of Capitalism'* (El Viejo Marx y el Camino Ruso : Marx y 'Las Periferias del Capitalismo'), Nueva York: Monthly Review Press, 1983; Albert Hirschman, 'The Rise and Decline of Development Economics' (El Ascenso y Caída de la Economía del Desarrollo), en *Essays in Trespassing* (Ensayos en Transgresión), Cambridge: 1981; Arturo Escobar, *Power and Visibility: The Invention and Management of Development in the Third World* (Poder y Visibilidad : La Invención y la Administración del Desarrollo en el Tercer Mundo), Berkeley: disertación de doctorado, 1987; Franz Hinkelammert, *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1970; Enrique E. Sánchez Ruiz, *Requiem por la modernización: perspectivas cambiantes en estudios del desarrollo*, México: Universidad de Guadalajara, 1986; Magnus Blomstrom y Bjorn Hettne, *Development Theory in Transition* (La Teoría del Desarrollo en Transición), Londres: Zed Books, 1984; y Wolfgang Sachs, 'The Archeology of the Development Idea' (La Arqueología de la Idea de Desarrollo), *Interculture*, Vol.23, No.4, otoño de 1990.

MEDIO AMBIENTE

Wolfgang Sachs

El viaje de Neil Armstrong a la luna nos puso bajo la magia de una nueva imagen -no de la luna, sino de la Tierra. Viendo hacia atrás desde la nave Apolo a la distante Tierra, Armstrong tomó las fotografías que hoy adornan la portada de casi todos los informes sobre el futuro del planeta - una pequeña y frágil bola, azul brillante en contraste con la oscuridad del espacio exterior, delicadamente cubierta por nubes, océanos, follaje y suelos. Nunca antes el planeta había sido visible en su forma completa al ojo humano; la fotografía espacial impartió una nueva realidad al planeta, transformándolo en un objeto presente delante de nuestros ojos. En su belleza y vulnerabilidad, esa esfera flotante despierta asombro y admiración reverente. Por primera vez ha sido posible hablar de *nuestro* planeta.

Pero el nombre posesivo revela al mismo tiempo una profunda ambivalencia. Por un lado «nuestro» puede implicar participación y resaltar la dependencia del hombre de una realidad envolvente. Por otro lado, puede implicar propiedad y hacer énfasis en la vocación del hombre de gobernar y manejar esta propiedad común. Consecuentemente, la imagen de «nuestro» planeta transmite un mensaje contradictorio; puede demandar moderación o megalomanía.

La misma ambivalencia caracteriza la carrera del concepto «medio ambiente». Mientras que originalmente fue propuesta para llamar a juicio a la política de desarrollo, se levanta ahora como una bandera para anunciar una nueva era de desarrollo. En realidad, luego de la «ignorancia» y la «pobreza» de décadas previas, es probable que la «supervivencia del planeta» se convierta en esa bien publicitada emergencia de los 90, en cuyo nombre se desatará un nuevo frenesí del desarrollo. En forma significativa, el informe de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo (Informe Brundtland), luego de evocar la imagen del planeta flotando en el espacio, concluye el párrafo inicial declarando: «Esta nueva realidad, de la cual no hay escapatoria, debe ser reconocida -y *manejada*».¹

Preparando el Escenario para el Reporte Brundtland

Para bien o para mal, las vicisitudes del debate internacional del desarrollo siguen estrechamente los vaivenes de las sensibilidades políticas en los países del Norte. El desenfrenado entusiasmo por el crecimiento económico en el año 1945 reflejaba el deseo de Occidente de volver a poner en

marcha la máquina económica luego de una guerra devastadora; el énfasis en la planeación de la fuerza laboral reflejaba el temor de los norteamericanos luego de la sacudida del Sputnik en 1957; el descubrimiento de las necesidades básicas fue estimulado por la guerra doméstica contra la pobreza del presidente Johnson en los 60, y de esta forma, también la preocupación por la inequidad en el mundo. Lo que «desarrollo» significa depende de cómo se sientan las naciones ricas. El «medio ambiente» no es excepción a esta regla.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano realizada en Estocolmo en Junio de 1972, que fue la ocasión en que la noción de «medio ambiente» llegó a la agenda internacional, fue propuesta primero por Suecia, que estaba preocupada por la lluvia ácida, la contaminación en el Báltico y los niveles de pesticidas y metales pesados en peces y aves. Lo que pudo haberse llamado internacionalización accidental masiva proyectó su sombra delante de sí: los desechos industriales escapan a la soberanía nacional, no se presentan en las aduanas ni viajan con pasaportes. Los países descubrieron que no eran unidades autocontenidas, sino que eran vulnerables a acciones tomadas por otros. Así surgió una nueva categoría de problemas, las «cuestiones globales». La Conferencia de Estocolmo fue el preludio a una serie de grandes reuniones de las Naciones Unidas a lo largo de los 70 (sobre la población, la alimentación, los asentamientos humanos, el agua, la desertificación, la ciencia y la tecnología, la energía renovable) que se propusieron alterar la percepción de posguerra de un espacio global abierto donde muchas naciones pueden procurar individualmente maximizar su crecimiento económico. En cambio empezó a promoverse una nueva visión: de ahí en adelante, tomó fuerza el concepto de un sistema mundial interrelacionado que se ve operando bajo muchas restricciones comunes.

El aparato cognoscitivo para este cambio fue proporcionado por una corriente particular de pensamiento que había ganado prominencia al interpretar el significado de la contaminación y los desastres provocados por los seres humanos. En los Estados Unidos durante los 60, las cuestiones ambientales lograron abrirse paso a la conciencia pública: el *smog* de Los Angeles y la muerte lenta del lago Erie, los derrames de petróleo y la inundación planeada del Gran Cañón, hicieron que el número de los artículos sobre el medio ambiente publicados en el *New York Times*, subiera rápidamente de cerca de 150 en 1960, a aproximadamente 1700 en 1970. Incidentes locales, que se percibieron crecientemente como configurando un cuadro mayor, fueron puestos en una perspectiva global por científicos que se prestaron marcos conceptuales de la teoría de los ecosistemas para así

interpretar el predicamento de un mundo yendo de prisa hacia la industrialización. Sostenían que un crecimiento infinito se basa en un autoengaño, porque el mundo es un espacio cerrado, finito y con una capacidad de carga limitada. Al percibir al espacio global como un sistema cuya estabilidad descansa en el equilibrio de sus componentes, como la población, la tecnología, los recursos (incluyendo los alimentos) y el medio ambiente, predijeron - haciendo eco del reto de Malthus al supuesto del progreso inevitable - un trastorno inminente del balance entre el crecimiento poblacional (exacerbado por la tecnología) por un lado, y los recursos y el medio ambiente por el otro. Además del libro de Ehrlich *Population Bomb* (La Bomba Poblacional)² o «Diseño para la Supervivencia» de *The Ecologist*³, fue especialmente el libro *The Limits to Growth* (Los Límites al Crecimiento) del Club de Roma⁴ el que hizo que pareciera natural imaginar el futuro del globo como resultado de la interacción de las curvas de crecimiento cuantitativo operando en cinco dimensiones.

El enfoque de los ecosistemas globales no carecía de competidores; pero tanto las perspectivas biocéntricas como las humanistas eran foráneas a las percepciones de la élite internacional del desarrollo. Atribuir un valor absoluto a la naturaleza por sí misma, como lo hicieron los ambientalistas en la tradición de Thoreau, Emerson y Muir, habría impedido el camino, aunque de una manera más sofisticada y flexible, a una continuada explotación de la naturaleza. Y reconocer las ofensas contra la naturaleza como simplemente otro signo de la supremacía de la expansión tecnológica sobre las personas y sus vidas, como lo sugirieron autores humanistas, como Mumford o Schumacher, habría ido contra el carácter de las aspiraciones del desarrollo y difícilmente complacería a los guardianes de la máquina del crecimiento. De hecho sólo una interpretación, que magnificaba en vez de debilitar sus responsabilidades gerenciales podría levantar sus espíritus, a pesar de perspectivas sombrías. El enfoque global de los ecosistemas encajaba perfectamente en su posición de ventaja en las cumbres de las organizaciones internacionales, porque proponía a la sociedad global como la unidad de análisis y ponía al Tercer Mundo, al denunciar su crecimiento poblacional, en el centro de la atención. Además, el modelo hacía inteligible lo que de otra manera podría haberse presentado como una situación confusa, al eliminar los conflictos de recursos de cualquier contexto particular local o político. El lenguaje de las series de datos agregados sugiere un panorama claro, las cifras abstractas se prestan para jugar con escenarios y una supuesta causalidad mecánica entre los varios componentes crea la ilusión que las estrategias globales pueden ser efectivas. Y aunque el ideal del crecimiento se tambaleaba, había para aquellos que se sentían a cargo de la dirección del mundo otro objetivo al cual replégarse con comodidad: la estabilidad.

Sin embargo, había todavía un largo camino por recorrer hasta que en 1987, el Informe Brundtland pudo anunciar finalmente el matrimonio entre el gran apetito por el desarrollo y la preocupación por el medio ambiente. Como demostró el inexorable rechazo de todas las posiciones de «no crecimiento», en particular por los gobiernos del Tercer Mundo en la Conferencia de Estocolmo, la compulsión a aumentar el PNB había convertido a muchos en joviales enemigos de la naturaleza. Fue sólo en el curso de los 70, bajo el impacto adicional de la crisis petrolera, que los gobiernos empezaron a comprender que la continuidad del crecimiento no depende sólo de la formación de capital o la mano de obra calificada, sino también de la disponibilidad a largo plazo de los recursos naturales. Preocupados en primer término por la conservación de los insumos para el crecimiento futuro, los planificadores del desarrollo adoptaron gradualmente lo que había sido una corriente de pensamiento ya tan antigua como la introducción del manejo de los bosques en Alemania alrededor del año 1800 y el Movimiento Progresivo Norteamericano después de 1900: que - en las palabras de Gifford Pinchot, el administrador del programa de conservación de Theodore Roosevelt - «conservación significa el mayor bien para el mayor número por el tiempo más largo». El crecimiento de mañana se veía amenazado por la venganza de la naturaleza. En consecuencia, era tiempo de extender el área de atención del planeamiento y de demandar «un eficiente manejo de los recursos naturales» como parte del paquete del desarrollo: «En el pasado nos hemos preocupado por los impactos del crecimiento económico sobre el medio ambiente. Ahora estamos forzados», concluye el Informe Brundtland, «a preocuparnos por los impactos de la presión ecológica -la degradación de las tierras, de los regímenes de agua, de la atmósfera y de los bosques- sobre nuestras perspectivas económicas.»⁵

Otro obstáculo en el proceso de unir «medio ambiente» con «desarrollo» había sido una visión osificada del crecimiento. Las décadas de la industrialización con chimeneas habían dejado la impresión que el crecimiento estaba invariablemente ligado al derroche de más y más recursos. Bajo la influencia del movimiento de las tecnologías apropiadas, sin embargo, esta noción unívoca del desarrollo empezó a desmoronarse y dar paso a una conciencia de la disponibilidad de opciones tecnológicas. Fue en Estocolmo al fin y al cabo, donde las ONGs (Organizaciones No Gubernamentales) se reunieron por primera vez para preparar una contra-conferencia que demandaba caminos alternativos para el desarrollo. Más tarde, iniciativas como la Declaración de Cocoyoc y el '¿Ahora qué?' de la Fundación Dag Hammarskjöld, ayudaron - quizá sin proponérselo - a cuestionar el supuesto de un proceso tecnológico invariable y a pluralizar los caminos al crecimiento. De esta conciencia de flexibilidad tecnológica creció, hacia finales de los 70, una percepción del problema

ecológico: los «límites al crecimiento» no eran ya vistos como una barrera insuperable que bloqueaba el flujo del crecimiento, sino como obstáculos discretos que forzaban al flujo a tomar una ruta diferente. Estudios de soluciones blandas en áreas que variaban de la energía hasta la atención de la salud, proliferaron y trazaron nuevos cauces para la corriente mal encaminada.

Finalmente, a lo largo de los 70, el ambientalismo fue considerado hostil a la mitigación de la pobreza. Sin embargo, la convicción de ser capaz de abolir la pobreza fue -y aún es- la única pretensión importante de la ideología del desarrollo, particularmente después de su elevación como la prioridad oficial No. 1, luego del discurso de Robert McNamara del Banco Mundial en Nairobi en 1973. Por mucho tiempo se había considerado que la pobreza no estaba relacionada a la degradación del medio ambiente, que se atribuía al impacto del hombre industrial; los pobres del mundo entraban en la ecuación sólo como los futuros demandantes de un estilo de vida industrial. Pero con la propagación alarmante de la deforestación y la desertificación en todo el mundo, los pobres fueron rápidamente identificados como agentes de destrucción y se convirtieron en objetos de campañas para promover la «conciencia ambiental». Una vez que acusar a la víctima hubo entrado en el consenso profesional, se podía ofrecer la antigua receta para enfrentar al nuevo desastre: ya que se supone que el crecimiento elimina la pobreza, el medio ambiente sólo podía ser protegido mediante una nueva era de crecimiento. Como lo expresa el Informe Brundtland: «La pobreza reduce la capacidad de las personas para usar los recursos de una manera sostenible; intensifica la presión sobre el medio ambiente... Una condición necesaria, pero no suficiente, para la eliminación de la pobreza absoluta, es una elevación relativamente rápida de los ingresos per capita en el Tercer Mundo»⁶. De esta manera se allanó el camino para la boda entre «medio ambiente» y «desarrollo»: el recién llegado podría ser bienvenido en la vieja familia.

«No hay desarrollo sin sustentabilidad; no hay sustentabilidad sin desarrollo» es la fórmula que establece la nueva unión. El «desarrollo» emerge rejuvenecido de este enlace, empezando una nueva vida el achacoso concepto. Esto no es nada menos que la repetición de una conocida artimaña: cada vez que en los últimos 30 años se reconocían los efectos destructivos del desarrollo, el concepto se estiraba de tal manera que podía incluir daño y terapia juntos. Por ejemplo, cuando se hizo obvio, alrededor de 1970, que la búsqueda del desarrollo intensificaba realmente la pobreza, se inventó la noción de «desarrollo equitativo» para reconciliar lo irreconciliable: la creación de la pobreza con la abolición de la pobreza. En el mismo

temperamento, el Informe Brundtland incorporaba la preocupación por el medio ambiente en el concepto de desarrollo, creando el «desarrollo sustentable» como el techo conceptual para la violación y la curación del medio ambiente.

Ciertamente, la nueva era requiere de expertos del desarrollo para ampliar su área de atención y para vigilar el agua y los suelos, el aire y la utilización de la energía. Pero el desarrollo se queda en lo de siempre, esto es, en una gama de intervenciones para elevar el PNB: «dado el crecimiento poblacional esperado, se puede anticipar un incremento en la producción industrial mundial de cinco a diez veces para cuando la población del mundo se estabilice en algún momento del próximo siglo.»⁷ De este modo el Informe Brundtland termina sugiriendo más crecimiento, pero no más, como en los viejos días del desarrollo, para alcanzar la felicidad de la gran mayoría, sino para contener el desastre ambiental para las generaciones venideras. La amenaza a la supervivencia del planeta es de mucha importancia. ¿Ha habido alguna vez un mejor pretexto para entrometarse? Se abren nuevas áreas de intervención, la naturaleza se transforma en un dominio de la política y una nueva generación de tecnócratas sienten la vocación de dirigir el crecimiento al filo del abismo.

Una Ambivalencia Exitosa

La ecología es modelación computacional y acción política, una disciplina científica y una abarcadora visión del mundo. El concepto une dos mundos diferentes. Por un lado, movimientos de protesta en todo el mundo libran batallas por la conservación de la naturaleza, apelando a evidencias ofrecidas supuestamente por esa disciplina científica que estudia las relaciones entre los organismos y su medio ambiente. Por otro lado, los ecologistas académicos han visto con perplejidad cómo sus hipótesis se han convertido en un reservorio de lemas políticos y han sido elevados a la categoría de principios de una filosofía posindustrial. La unión entre protesta y ciencia difícilmente puede ser considerada una unión feliz. Mientras los investigadores han resentido haber sido llamados a testificar contra la racionalidad de la ciencia y sus beneficios para la humanidad, los activistas irónicamente han adoptado teoremas como «el balance de la naturaleza» o «la prioridad del todo sobre las partes» en un momento en que ya habían sido abandonados por la disciplina.

Sin embargo, sin recurso a la ciencia, el movimiento ecologista probablemente habría permanecido como un grupo de fanáticos de la naturaleza y no habrían adquirido nunca el poder de una fuerza histórica. Un

secreto de su éxito reside precisamente en su carácter híbrido. Como un movimiento altamente desconfiado de la ciencia y la racionalidad técnica, toca nuevamente la contra-melodía que ha acompañado la historia de la modernidad desde el romanticismo. Pero como movimiento basado en la ciencia, es capaz de cuestionar los fundamentos de la modernidad y cuestionar su lógica en nombre de la ciencia misma. En efecto, el movimiento ecológico parece ser el primer movimiento antimodernista que intenta justificar sus demandas usando los mismos argumentos de sus enemigos. Recurre no sólo a las artes (como los románticos), al organicismo (como los conservadores), a la gloria de la naturaleza (como los preservacionistas), o a un credo trascendente (como los fundamentalistas). Aunque todos estos temas están presentes, basa su cuestionamiento en la teoría de los ecosistemas que integra la física, la química y la biología. Este logro singular, sin embargo, tiene un doble filo: la ciencia de la *ecología* da lugar a un antimodernismo científico, que ha sido muy exitoso en trastornar el discurso dominante, mientras que la *ciencia* de la ecología abre el camino para la recuperación tecnocrática de la protesta. Esta ambivalencia de la ecología es responsable, en un nivel epistemológico, tanto del éxito como del fracaso del movimiento.

Mientras que sus raíces se remontan a la historia natural del siglo XVIII, la ecología recién logró convertirse en una disciplina cabal - con cátedras universitarias, revistas especializadas y asociaciones profesionales - durante las dos primeras décadas de este siglo. Heredó de sus precursores del siglo XIX una predilección por considerar el mundo de las plantas (y luego el de los animales) en términos de conjuntos geográficamente distribuidos. La tundra en el Canadá es evidentemente diferente de los bosques tropicales de la Amazonía. Consecuentemente la pre-ecología organizó su percepción de la naturaleza, siguiendo los temas centrales del romanticismo, en torno al axioma que el lugar constituye la comunidad. Desde un énfasis sobre el impacto de las circunstancias climáticas y físicas sobre las comunidades, su atención cambió, cerca del inicio del siglo, a los procesos dentro de estas comunidades. Las relaciones competitivas/cooperativas entre los organismos en un medio ambiente determinado y, bajo la influencia del darwinismo, su cambio adaptativo a lo largo del tiempo («sucesión») surgieron como el campo de estudio de la nueva disciplina. Impresionados por la dependencia mutua de las especies en comunidades bióticas, los ecologistas empezaron a preguntarse cuán reales eran estas unidades. ¿Es un determinado conjunto sólo la suma de los organismos individuales o expresa una identidad superior? Hasta la Segunda Guerra Mundial, esta última concepción fue claramente dominante: las sociedades planta/animal fueron vistas como superorganismos que evolucionan

activamente, adaptándose al medio ambiente. Al optar por el organicismo -el postulado que el todo es superior a las partes y una entidad por derecho propio- los ecologistas fueron capaces de constituir firmemente el objeto de su ciencia.

Esta actitud antireduccionista estaba destinada al fracaso luego de la Guerra cuando, a través de todas las disciplinas, prevalecieron nuevamente concepciones mecanicistas de la ciencia. La ecología estaba madura para una reestructuración de acuerdo a los lineamientos de una metodología positivista; como cualquier otra ciencia, se suponía que debía producir hipótesis causales que pudieran ser empíricamente probadas y que fueran predictivamente relevantes. Sin embargo, la búsqueda de leyes generales, implica concentrar la atención en un mínimo de elementos que son comunes a la abrumadora variedad de escenarios. La apreciación de un lugar particular con una comunidad particular pierde importancia. Además, estos elementos y sus relaciones tienen que ser mensurables; el análisis cuantitativo de la masa, volumen, temperatura, etc, reemplazó a la interpretación cualitativa de la unidad y el orden de un conjunto. Siguiendo a la física, la ciencia líder de ese tiempo, los ecologistas identificaron a la energía como el común denominador que vincula a los animales y las plantas con el medio ambiente inerte. En general, la caloría se convirtió en la unidad de medida porque permitía la descripción de ambos mundos, orgánico e inorgánico, como dos aspectos de la misma realidad - el flujo de energía.

De esta manera la biología se redujo a la energética. Pero la tradición holística de la ecología no se esfumó del todo. Reapareció en un nuevo lenguaje: «sistema» reemplazó el concepto de «comunidad viviente» y «homeostasis» la idea de la evolución hacia un «clímax». El concepto de sistema integra una noción originalmente antimoderna, el «todo» o el «organismo», en el discurso científico. Nos permite insistir en la prioridad del todo, sin insinuaciones vitalistas, mientras reconoce un rol autónomo para las partes, pero sin renunciar a la idea de una realidad supra-individual. Esto se logra mediante la interpretación del significado de la integridad como «homeostasis» y las relaciones entre las partes y el todo, en la tradición de la ingeniería mecánica, como un «mecanismo de realimentación autorregulado» que mantiene continuamente dicha homeostasis. El concepto de ecosistema combinó así la herencia organicista con el reduccionismo científico. Y es este concepto de ecosistema el que dio al movimiento ecologista una dimensión cuasi espiritual y credibilidad científica al mismo tiempo.

Desde los 60, la ecología ha dejado los departamentos de biología de las universidades para migrar a la conciencia de cada ser humano. El término científico se ha convertido en una cosmovisión y como tal porta la promesa de

reunificar lo que se había fragmentado, de curar lo que se había desgarrado, en breve de cuidar del todo. Las numerosas heridas causadas por las instituciones modernas, orientadas por fines específicos, han provocado un renovado deseo por la integridad y ese deseo ha encontrado un lenguaje apropiado en la ciencia de la ecología. El puente conceptual que conectó el circuito de la biología con el de la sociedad fue la noción de ecosistema. En retrospectiva, esto no es sorprendente, ya que el concepto está bien equipado para servir esta función: en alcance, como en escala, tiene un enorme poder de inclusión. Unifica no sólo a las plantas y los animales - como ya lo hizo la noción de «comunidad viviente» - sino también incluye al mundo inerte por un lado y al mundo de los seres humanos por el otro. Así, cualquier diferencia ontológica entre lo que alguna vez se llamó el reino mineral, los reinos animal y vegetal y el reino del hombre, desaparecen: el alcance del concepto es universal. En forma similar, los «ecosistemas» vienen en muchos tamaños, grandes y pequeños, anidando como muñecas babouschka, uno dentro del otro, desde el nivel microscópico hasta el nivel planetario. El concepto es de amplia escala. Omnipresentes, como todos los ecosistemas parecen ser, son consecuentemente celebrados como claves para entender el orden en el mundo. Más aún, al parecer tan esenciales para la continuidad de los tejidos de la vida, ellos exigen nada menos que cuidado y reverencia. Realmente una carrera notable - un término técnico que ha sido extendido a los dominios de lo metafísico. Para muchos ambientalistas hoy, la ecología parece revelar el orden moral de ser al descubrir simultáneamente lo *verum*, *bonum* y *pulchrum* de la realidad: sugiere no sólo la verdad, sino también un imperativo moral y hasta perfección estética.

Por otro lado, sin embargo, la teoría de los ecosistemas, basada en la cibernética como la ciencia de los mecanismos ingenieriles de realimentación, representa cualquier cosa excepto la ruptura con la ominosa tradición occidental de incrementar el control sobre la naturaleza. ¿Cómo se puede separar una teoría de la regulación de un interés en la manipulación? Al fin y al cabo, la teoría de los sistemas apunta a un control de segundo orden; busca controlar el (auto-)control. Como es obvio, la metáfora que subyace el pensamiento de sistemas, es la de la máquina autorregulante, es decir, una máquina capaz de ajustar su operación a condiciones cambiantes, siguiendo reglas preestablecidas. Cualquiera que sea el objeto que se observa, sea una fábrica, una familia o un lago, la atención se enfoca en los mecanismos reguladores mediante los cuales el sistema en cuestión responde a cambios en su medio ambiente. Una vez identificado, el camino está abierto para condicionar estos mecanismos de modo de alterar la capacidad de respuesta del sistema. Hoy, sin embargo, la capacidad de respuesta de la naturaleza ha sido forzada al máximo bajo las presiones del hombre moderno. Por tanto, mirar a la naturaleza

en términos de sistemas autorregulantes implica sea la intención de medir la capacidad de sobrecarga de la naturaleza o el objetivo de ajustar sus mecanismos de realimentación mediante la intervención humana. Ambas estrategias equivalen a completar la visión de Bacon de dominar a la naturaleza, si bien con la pretensión adicional de manipular su venganza. De esta manera, la tecnología de los ecosistemas se vuelve finalmente contra la ecología como cosmovisión. Un movimiento que había despedido a la modernidad, termina dándole la bienvenida - en un nuevo ropaje - por la puerta trasera.

La Supervivencia como una Nueva *Raison d'état*

En la historia, se han presentado muchas razones para justificar el poder del estado y su derecho sobre los ciudadanos. Objetivos clásicos como la ley y el orden o el bienestar mediante la redistribución, han sido invocados una y otra vez, y más recientemente, el desarrollo se ha convertido en el objetivo, en nombre del cual muchos gobiernos del Tercer Mundo sacrifican los intereses vitales de la mitad de sus poblaciones. Hoy, «la supervivencia del planeta» está en camino de convertirse en la gran justificación de una nueva ola de intervenciones estatales en las vidas de los pueblos, en todo el mundo.

El Banco Mundial, por ejemplo, ve para sí mismo un rayo de esperanza luego que su reputación ha sido sacudida por las demolidoras críticas de los ambientalistas: «Anticipo» - declaró su Vicepresidente David Hopper en 1988 - «que en el transcurso del próximo año, el Banco estará enfrentando el abanico entero de las necesidades ambientales de nuestras naciones asociadas, necesidades que incluirán desde lo técnico hasta lo institucional, desde los micro detalles del diseño de proyectos hasta los macro requerimientos de la formulación, implementación y aplicación de políticas ambientales»⁸. Las voces de protesta, luego de penetrar en las oficinas climatizadas en Washington, han hecho surgir una respuesta contraproducente: ¡las demandas mismas de detener las actividades del Banco Mundial han provocado su expansión!

Mientras que los ambientalistas han puesto el centro de la atención en las numerosas vulnerabilidades de la naturaleza, los gobiernos descubren como resultado, una nueva área de conflicto que requiere de gobierno y regulación políticos. Esta vez no era la paz entre las personas la que estaba en juego, sino las relaciones ordenadas entre el hombre y la naturaleza. Para mediar en este conflicto, el Estado asume la tarea de recopilar evidencia sobre el estado de la naturaleza y los efectos del hombre, de establecer normas y reglas para dirigir el comportamiento y hacer cumplir las nuevas reglas. Por un lado, debe vigilarse estrechamente la continuación de la capacidad de la naturaleza de prestar

servicios, por ejemplo aire y agua limpios o clima confiable. Por otro lado, las innumerables acciones de la sociedad deben estar bajo un control suficiente para dirigir la explotación de la naturaleza por cauces tolerables. Para llevar a cabo estos formidables objetivos el Estado tiene que instalar las necesarias instituciones como sistemas de monitoreo, mecanismos reguladores y agencias ejecutivas. Para realizar estas tareas se necesita una nueva clase de profesionales, mientras se supone que la ecociencia proveerá la epistemología de la intervención. En pocas palabras, los expertos que antes se ocupaban del crecimiento económico, reclaman ahora estar presidiendo sobre la supervivencia misma.

Sin embargo, como es bien conocido, muchas comunidades rurales del Tercer Mundo no necesitan esperar que especialistas de improvisados institutos de investigación en agricultura sustentable acudan a darles sus recetas contra, por ejemplo, la erosión del suelo. El proveer para las futuras generaciones ha sido parte de sus prácticas tribales y campesinas desde tiempos inmemoriales. Además, los nuevos esquemas diseñados centralmente para el «manejo de los recursos ambientales» amenazan chocar contra su conocimiento basado localmente sobre la conservación.

Por ejemplo, el movimiento indio chipko ha hecho del coraje y de la sabiduría de aquellas mujeres que protegían los árboles con sus cuerpos contra las sierras de cadena de los leñeros, un símbolo de resistencia local que ha sido aplaudido más allá de las fronteras de India. Pero su éxito tuvo un precio: entraron a tallar administradores de bosques que alegaban tener responsabilidad de los árboles. Repentinamente el conflicto adquirió un nuevo cariz: los obstinados taladores habían dejado su lugar a afables expertos. Ellos trajeron estudios, mostraron diagramas, señalaron curvas de crecimiento y argumentaron sobre las tasas óptimas de tala. Se propusieron esquemas de plantación de la mano con las industrias de procesamiento de madera y se hicieron intentos para convencer a los pobladores que se volvieran pequeños productores de madera. Aquellos que habían defendido los árboles para proteger su medio de subsistencia y dar testimonio de las interconexiones de la vida, se vieron inesperadamente bombardeados con resultados de investigaciones y las categorías abstractas de la economía de los recursos. Y a lo largo de todo este nuevo asalto, se invocó el «interés nacional» en el «desarrollo balanceado de los recursos». Frente a estas prioridades ajenas, importó poco lo que el bosque significaba para los pobladores, o qué especies de árboles serían las más adecuadas para el sustento de la gente. Una ecología orientada al manejo de recursos naturales escasos, chocaba con una ecología que deseaba preservar los

ámbitos de comunidad locales. De esta manera, el planeamiento nacional de los recursos puede llevar, aunque con medios nuevos, a la continuación de la guerra contra la subsistencia.

Mientras los expertos en recursos llegaban en nombre de la «protección de la naturaleza», su imagen de la naturaleza contradecía profundamente la imagen de la naturaleza que tenían los aldeanos. La naturaleza, cuando se transforma en objeto de la política y del planeamiento, se convierte en «medio ambiente». Es engañoso utilizar ambos conceptos en forma intercambiable ya que impide el reconocimiento del «medio ambiente» como una construcción particular de la «naturaleza» que es específica a nuestra época. Contrariamente a sus connotaciones que estamos hoy socializados a aceptar, ha existido escasamente un concepto que represente a la naturaleza en una forma más abstracta, pasiva y vacía de cualidades, que el de «medio ambiente». Las ardillas en la tierra, son tan parte del medio ambiente como lo es el agua en los acuíferos, los gases en la atmósfera, los pantanos a lo largo de la costa o también los rascacielos en el centro de las ciudades. Pegar la etiqueta de «medio ambiente» al mundo natural hace que se desvanezcan todas sus cualidades concretas; más aún, hace que la naturaleza aparezca pasiva y sin vida, esperando simplemente que se actúe sobre ella. Esto está obviamente muy distante, por ejemplo, de la concepción del aldeano indio del *Prakriti*, el poder activo y productivo que permea a cada piedra o árbol, fruto o animal y los sustenta junto con el mundo humano. *Prakriti* concede las bendiciones de la naturaleza como un regalo; consecuentemente debe ser honrada y cortejada⁹.

Las culturas que ven a la naturaleza como un ser viviente tienden a circunscribir cuidadosamente el rango de la intervención humana, porque debe esperarse una respuesta hostil cuando se ha excedido un umbral crítico. El «medio ambiente» no tiene nada en común con este punto de vista; a través de los ojos modernistas de tal concepto, los límites impuestos por la naturaleza aparecen simplemente como restricciones físicas a la supervivencia humana. Llamar «ecológicas» a las economías tradicionales es, a menudo, ignorar esa diferencia básica de enfoque.

¿Hacia una Ecocracia Global?

A fines de los 1980, la preocupación sobre el agotamiento de los recursos y la contaminación mundial llegaron a las altas esferas de la política internacional. Las agencias multilaterales distribuyen ahora convertidores de biomasa y diseñan programas de forestación. Las cumbres económicas se pelean por las emisiones de dióxido de carbono. Y los científicos lanzan satélites en órbita para verificar la salud del planeta. Pero el discurso que está alcanzando prominencia ha tomado una orientación fundamentalmente sesgada: demanda un manejo

extendido, pero no presta atención a la autolimitación inteligente. Mientras los peligros crecen, nuevos productos, procedimientos y programas se inventan para detener los efectos amenazantes de la industrialización y mantener el sistema a flote. Capital, burocracia y ciencia - la venerada trinidad de la modernización occidental - se declaran indispensables en la nueva crisis y prometen prevenir lo peor, a través de mejor ingeniería, planeamiento integrado y modelos más sofisticados. Sin embargo, las máquinas eficientes en el uso de combustible, los análisis de evaluación de los riesgos ambientales, la vigilancia estrecha de los procesos naturales, etc. aunque bien intencionados, tienen dos supuestos en común: primero, la sociedad estará siempre compelida a llevar a la naturaleza a sus límites, y segundo, la explotación de la naturaleza no debería ser ni maximizada ni minimizada, pero sí optimizada. Como declara programáticamente en su primera página el informe de 1987 del World Resources Institute (Instituto Mundial de los Recursos): «La raza humana depende del medio ambiente y por tanto debe administrarlo sabiamente.» Claramente las palabras «por tanto» son el punto crucial de la cuestión; es relevante sólo si la dinámica competitiva del sistema industrial se da por descontada. De otra manera el medio ambiente no estaría en peligro y se le podría dejar sin administración. Las demandas para asegurar la supervivencia del planeta son a menudo, vistas más de cerca, nada más que llamados a la supervivencia del sistema industrial.

Las soluciones al deterioro ambiental, intensivas en capital, burocracia y ciencia, no vienen sin costos sociales. La tarea prometeica de mantener la maquinaria industrial global funcionando a un ritmo siempre creciente y de salvaguardar al mismo tiempo la biosfera del planeta, requerirá un salto cuántico en la vigilancia y la regulación. ¿De qué otra manera deberían ponerse en acuerdo, las innumerables decisiones que van desde el nivel individual, a los niveles nacional y global? Es de importancia secundaria si se logra o no la modernización del industrialismo, mediante incentivos del mercado, legislación estricta, programas correctivos, espionaje sofisticado o francas prohibiciones. Lo que importa es que todas estas estrategias demandan un mayor centralismo y - en particular - un estado más fuerte. Ya que los ecócratas raramente cuestionan el modelo industrial de vida para reducir la carga impuesta a la naturaleza, sólo les queda la necesidad de sincronizar las innumerables actividades de la sociedad con toda la destreza, previsión y herramientas que el avance de la tecnología pueda ofrecer - una perspectiva que podría haber inspirado otra novela a Orwell. El verdadero desafío histórico, por tanto, debe ser enfrentado con términos que no sean ecocráticos: ¿Cómo es posible construir sociedades ecológicas con menos gobierno y menos dominación profesional?

El discurso ecocrático que estaba a punto de desplegarse en los 90s, empieza con el matrimonio conceptual entre «medio ambiente» y «desarrollo», encuentra su base cognitiva en la teoría de los ecosistemas, y apunta a nuevos niveles de vigilancia y control administrativos. Reacio a reconsiderar la lógica del productivismo competitivo, que está en la raíz de la crisis ecológica del planeta, reduce a la ecología a un juego de estrategias administrativas que se orientan a la eficiencia de los recursos y al manejo del riesgo. Trata como si fuera un problema técnico lo que en realidad es nada menos que un atolladero civilizacional - a saber, que el nivel de rendimiento productivo ya alcanzado resulta ser no viable en el Norte, y mucho menos para el resto del planeta. Con el surgimiento de la ecocracia, sin embargo, el debate fundamental que se necesita en las cuestiones de la moralidad pública - tales como, cómo debería vivir la sociedad, o, qué, cuánto y de qué modo debería producir y consumir - cae al olvido. En vez de eso, las aspiraciones occidentales se toman implícitamente como aceptadas y no sólo en Occidente sino en el mundo entero y las sociedades que eligen no poner toda su energía en la producción y que deliberadamente aceptan una menor producción de mercancías se tornan inconcebibles. Lo que se pierde son los esfuerzos por elucidar el rango mucho mayor de futuros que se abren a las sociedades que limitan sus niveles de producción material para abrigar los ideales que brotan de sus herencias culturales. La percepción ecocrática permanece ciega a la diversidad fuera de la sociedad económica del Occidente.

Referencias

1. World Commission on Environment and Development (Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo), *Our Common Future* (Nuestro Futuro Común), Oxford: Oxford University Press 1987, p. 1. Letras itálicas por el autor.

2. P. Erlich, *The Population Bomb* (La Bomba Poblacional), New York: Ballantine Books, 1968.

3. 'Blueprint for Survival' (Diseño para la Supervivencia), *The Ecologist*, Vol. 2, 1972, pp. 1-43

4. D. H. Meadows et al., *The Limits to Growth* (Límites al Crecimiento), New York: Basic Books, 1972

5. Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo, op.cit., p. 5.

6. Op.cit., pp. 49-50.

7. Op.cit., p. 15.

8. D. Hopper, «The World's Bank Challenge: Balancing Economic Need With

Environmental Protection' (El Reto del Banco Mundial: Balancear la Necesidad Económica con la Protección del Medio Ambiente). Seventh Annual World Conservation Lecture, 3 de Marzo 1988.

9. V. Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development* (Manteniéndose Vivas: Mujeres, Ecología y Desarrollo), Londres: Zed Books, 1989, p. 219.

Bibliografía

«Medio ambiente» finalmente tomó el centro del escenario del debate internacional con el Informe de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo. *Our Common Future* (Nuestro Futuro Común), Oxford: Oxford University Press, 1987. Varias líneas de la historia que llevan a esa innovación conceptual son destacadas por A. Biswas y M. Biswas, «Environment and Sustainable Development in the Third World: A Review of the Past Decade» (Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable en el Tercer Mundo: Un Análisis de la Última Década), *Third World Quarterly*, Vol. 4, 1982, pp. 479-91; J. McCormick, «The Origins of the World Conservation Strategy» (Los Orígenes de la Estrategia Mundial de Conservación), *Environmental Review*, Vol. 10, 1986, pp. 177-87; F. Sandbach, «The Rise and Fall of the Limits to Growth Debate» (El Ascenso y la Caída del Debate de los Límites al Crecimiento), *Social Studies of Science*, Vol. 8, 1978, pp. 495-520; y H. J. Harborth, *Dauerhafte Entwicklung: Zur Entstehung eines neuen ökologischen Konzepts* (Desarrollo Sustentable: Sobre la Creación de un Nuevo Concepto Ecológico), Wissenschaftszentrum Berlin, 1989. M. Redclift, *Sustainable Development: Exploring the Contradictions* (Desarrollo Sustentable: Explorando las Contradicciones), Londres: Methuen, 1987, ofrece un tratamiento más sistemático.

D. Worster, *Nature's Economy: A History of Ecological Ideas* (La Economía de la Naturaleza: Una Historia de las Ideas Ecológicas) San Francisco: Sierra Club, 1977, es una introducción magistral de la historia de la ecología, la ciencia que dio su nombre al movimiento político. Sus oscilaciones entre el romanticismo y el cientismo, son seguidas por L. Trepl, *Geschichte der Ökologie* (Historia de la Ecología), Frankfurt: Athenäum, 1987; y P. Acot, *Histoire de l'écologie* (Historia de la Ecología), Paris: Presses Universitaires de France, 1988, muestran su ascenso a un modo inclusivo de explicación. Cuán estrechos eran los vínculos entre las esperanzas de la ingeniería social y la formación del concepto de ecosistema, es elaborado por P. Taylor, «Technocratic Optimism: H. T. Odum and the Partial Transformation of Ecological Metaphor after World War II» (Optimismo Tecnocrático: H. T. Odum y la Transformación Parcial de la Metáfora Ecológica luego de la Segunda Guerra Mundial), *Journal of the History of Biology*, Vol. 21, 1988, pp. 213-44; mientras que Ch. Kwa, «Representations of Nature Mediating Between Ecology and Science Policy: The Case of the International Biological Programme» (Representaciones de la Naturaleza que Median entre la Ecología y la Política Científica: El Caso del Programa Biológico Internacional), *Social Studies of Science*, Vol. 17, 1987, pp. 413-42, llama la atención a la afinidad entre las percepciones en la esfera política y las versiones sistémicas de la biología.

Para representaciones de la naturaleza diferentes a las del medio ambiente, que motivan a los movimientos actuales, véase V. Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development* (Manteniéndose Vivas: Mujeres, Ecología y Desarrollo), Londres, Zed Books, 1989. P. Richards, *Indigenous Agricultural Revolution: Ecology and Food Production in West Africa* (Revolución Agrícola Indígena: Ecología y Producción de Alimentos en el Oeste de África), Londres: Hutchinson, 1985, señala la sabiduría de los sistemas de conocimiento tradicional. La historia del concepto de naturaleza ha sido extensamente revisada por C. Glacken, *Traces in the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought* (Restos en la Orilla de Rodas: Naturaleza y Cultura en el Pensamiento Occidental), Berkeley: University of California Press, 1967; mientras J. B. Callicott (ed.) reunió varios autores que examinan el rol de la naturaleza en algunas tradiciones no occidentales: *Nature in Asian Traditions of Thought* (La Naturaleza en Tradiciones Asiáticas de Pensamiento), State University of New York Press, 1989.

El acceso a la cultura antropológica de la naturaleza se puede encontrar en los artículos «nature» (naturaleza), «mountains» (montañas), «trees» (árboles), «metals» (metales), etc. de M. Eliade (ed) *The Encyclopedia of Religions* (La Enciclopedia de las Religiones), Nueva York: Macmillan, 1987. Y. F. Tuan nos muestra sistemáticamente de cuántas diferentes maneras se imaginó el medio ambiente, a través de las historias y culturas: *Topophilia: A Study of Environmental Perceptions and Values* (Topofilia: Un Estudio de Percepciones y Valores Ambientales), Englewoods Cliffs: Prentice Hall, 1974. Referente a las discontinuidades en la historia europea, C. Merchant, *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution* (La Muerte de la Naturaleza: Mujeres, Ecología y la Revolución Científica), San Francisco: Harper and Row, 1980, documenta la gran ruptura en las actitudes occidentales, mientras que su más reciente libro, *Ecological Revolutions: Nature, Gender and Science in New England* (Revoluciones Ecológicas: Naturaleza, Género y Ciencia en Nueva Inglaterra), Chapel Hill: University of North Carolina Press 1989, documenta cómo las maneras de conocer a la naturaleza han cambiado desde el modo de los indios nativos hasta el de los colonialistas e industrialistas, enfocando la evidencia en un área geográfica limitada.

El naciente discurso ecocrático puede ser mejor examinado en la edición especial de *Scientific American*, Vol. 261, Setiembre de 1989, con el título «Managing the Planet Earth» (Administrando el Planeta Tierra). Para otro ejemplo, en la misma corriente, véase M. Rambler (ed.), *Global Ecology: Towards A Science Of The Biosphere* (Ecología Global: Hacia una Ciencia de la Biosfera), Nueva York: Academic Press, 1989. He llamado la atención («The Gospel of Global Efficiency: On Worldwatch and Other Reports of the State of the World» (El Evangelio de la Eficiencia Global: Sobre Worldwatch y otros Informes del Estado del Planeta), *IFDA Dossier*, No. 68, Nov/Dec. 1988) a suposiciones ocultas en el mensaje de L. Brown y otros (*The State of the World* (El Estado del Planeta), Nueva York: Norton, 1984 y años siguientes.) En contraste, he aprendido mucho sobre las cuestiones civilizacionales más profundas que están en juego en el presente debate a través de J. Bandyopadhyay y V. Shiva, «Political Economy of Ecology Movements» (La Economía Política de los

Movimientos Ecológicos), en *IFDA Dossier*, No. 71, May/June 1989; y B. McKibben, *The End of Nature* (El Fin de la Naturaleza), Nueva York, Random House, 1989. Como una referencia sobre la literatura sobre ética y medio ambiente, encontré muy útil la bibliografía anotada de D. E. Davis *Ecophilosophy: A Field Guide to the Literature* (Ecofilosofía: Una Guía de Campo a la Literatura), San Pedro: Miles, 1989.